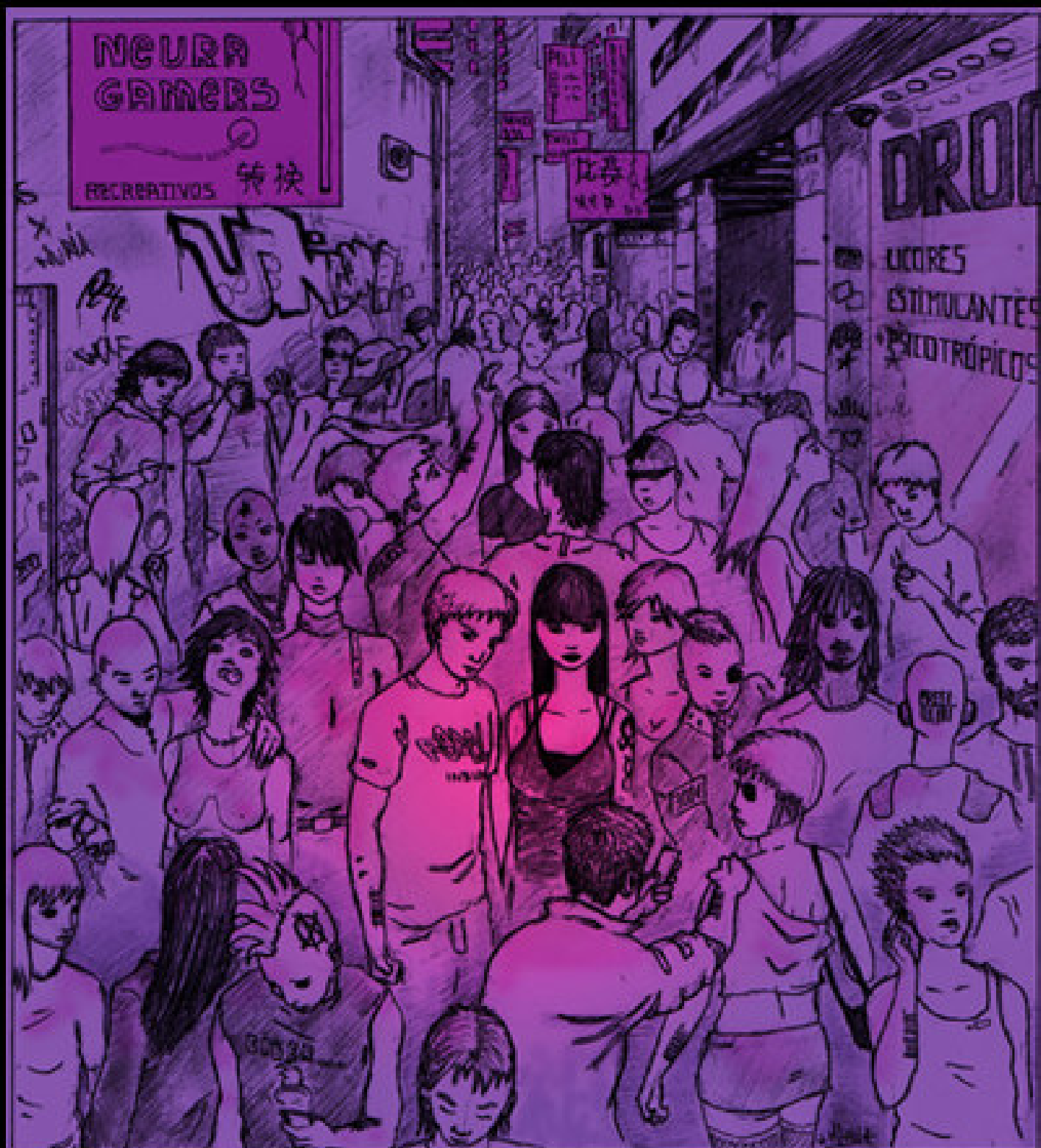


# UNICORNIOS ROJOS



**JOSÉ RAMÓN VÁZQUEZ**

**Ediciones Efímeras**

# UNICORNIOS ROJOS



## Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.1 España

### Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

### Bajo las condiciones siguientes:



**Reconocimiento.** Debe reconocer y citar al autor original.



**No comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



**Sin obras derivadas.** No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

**Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones no se ven afectados por lo anterior.**

© 2007 Manuel Jiménez Martín por la portada

© 2007 José Ramón Vázquez por el texto

© 2007 Ediciones Efímeras por la edición

contacto: [santiago@eximeno.com](mailto:santiago@eximeno.com)

<http://www.edicionesefimeras.com>

**Impreso en España**

---

**0**

**“Hoy se celebra** el tercer año de legislatura de la Alianza Liberal. El presidente del gobierno, don Mariano Rodríguez ha declarado sentirse feliz en el tercer aniversario de su ascenso al poder, y hacerlo en un clima de bonanza económica y bienestar social. Es la primera comparecencia pública del presidente desde que el Supremo desestimara los cargos por agresión contra la policía nacional por las siete muertes de manifestantes durante los disturbios de la pasada Semana Santa en Barcelona. Y ahora, Movifone nos ofrece los deportes...”

Andrés no prestaba atención a la presentadora de televisión mientras preparaba frenéticamente su maleta. Gruesas perlas de sudor le recorrían la frente. Su móvil proyectaba un holograma en el que se podía leer un mensaje en letras mayúsculas y parpadeantes: “ZONA CONTAMINADA. HUYE CUANTO ANTES”

La puerta del apartamento se abrió violentamente y cuatro policías de la unidad de asalto antiterrorista penetraron en el salón-cocina. Los tambores de los rifles repetidores empezaron a girar y antes de que Andrés pudiese pronunciar el primer fonema de “Me rindo” 128 balas se alojaron en su tórax.

—Policía. Ríndase y nadie saldrá herido.

---

# 1

**“Efectivos de la** policía nacional se han enfrentado hace unas horas al peligroso terrorista Andrés Sánchez en un piso en el barrio de Las Rozas de Madrid. Tras un forcejeo, los miembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado se vieron obligados a disparar al criminal que ingresó cadáver en la clínica Julio Iglesias Puga de la capital. La policía se ha incautado de abundante documentación relacionada con los Unicornios Rojos y se espera que...”

—Me voy.

—¿Has quedado con una chica?

—Casi, mamá. Con Alí y estos.

—¿Quiénes son estos?

—¿Te tengo que nombrar a un grupo de gente de los que no vas a conocer a una mitad y a la otra vas a confundir unos con otros?

—¿Por dónde vais a estar?

—Por ahí

—No...

—...vuelvas tarde —se oyó antes de que el cierre hermético de la puerta se accionara, evitando el paso de ondas sonoras al interior de la casa.

Juan resopló. Su madre tenía la rara habilidad de sacarle de sus casillas solo con abrir la boca. El 90% de la humanidad tenía padres normales, divorciados y vueltos a casar varias veces. Pero a él le había tocado la bonita familia nuclear con papá y mamá trabajadores, hijo universitario e hija adolescente repelente. Solo les faltaba el perrito para ser los protagonistas de esas series de TV del siglo XX que a su abuela le encantaba ver por el canal clásico.

El hilo de sus pensamientos le impidió disfrutar de la vista que ofrecía el descenso desde el piso 50 al suelo. Tras el cristal irrompible que recubría el ascensor se ofrecía un paisaje que, aun visto miles de veces, seguía cortando la respiración. Las estalagmitas de acero y cristal del distrito comercial de Madrid se vislumbraban al fondo, destacando entre la perenne niebla de smog que cubría la capital de España. Las luces de algún

aerocoche Harrier cercano semejaban pequeñas luciérnagas, ocupando el lugar en la bóveda celeste que por derecho había pertenecido a las estrellas durante 3500 millones de años.

Fuera, en la calle, esperaban los amigos de Juan: Alí, español de 3ª generación, alto y espigado, de tez moreno, al igual que sus cabellos; el rubio Dominik, de ascendencia rumana y ojos azules; "Gitano" Javier, cuya su piel bronceada delataba su nacimiento en un lugar de la Península Ibérica en el que aun se podía ver el Sol y Chen "El florista", que recibía su apodo de la forma en la que reunía algo de dinero los fines de semana.

—Eres un mamón, illo —le soltó el Gitano nada más salir del portal, señalándole con la mano con la que sujetaba el cigarrillo de marihuana—. Aquí el Florista estaba afilando la katana por si tardabas cinco minutos más.

—¿Cuándo aprenderás que las katanas, ninjas y toda esa mierda es japonesa y mi familia viene de China?

—No te quejes, capullín. Más indigno es que te piden que te arranques por bulerías o que hagas unos cuantos pases cuando odias el puto flamenco y los jodidos toros.

—A mí vieja le han dado ganas de conocerme más a fondo, por eso he llegado tarde. ¿Dónde están Noah y Raúl?

—No salen porque mañana tienen partido —respondió Alí—. Eufemismo que significa tirándose a las chicas que no son sus novias pero que llevan seis meses tirándose.

—Jodidos notas —comentó Dominik— ¿Se creen que juegan en la EFL o qué? Seguro que hasta les piden que se pongan encima, no vaya a ser que les de un tirón.

—Noto un tono amargo en tu voz —se mofó el Gitano— ¿No será que te molesta que sea Noah y no tú el que se esté trabajando a Paula? Ya sabes lo que dicen de los negros, corazón: sin una buena prótesis no puedes competir con ellos.

—Tampoco podría después de la orgía de esta tarde con tu madre y tus hermanas. Por cierto, he perdido mis gayumbos del Coyote. Si los encuentras por tu casa, guárdamelos ¿vale? Les tengo mucho aprecio...

—Señores —dijo Alí, intentando reprimir una carcajada—. Esto parece el puto Congreso de los Diputados. ¿Qué les parece si nos vamos de juerga en lugar de lanzarnos navajazos verbales?

—¿Algún plan en especial?

—Sí, Juan, por ser hoy 14 de septiembre hemos decidido irnos de crucero por las Bahamas —contestó Chen con una sonrisa llena de dientes blancos.

El barrio amarillo estaba hasta los topes de gente, de hecho, Juan era incapaz de recordar el barrio amarillo vacío. Recibía su nombre del color de la piel de la mayoría de sus habitantes, que comenzaron a instalarse en la zona a principios del siglo XXI. Los restaurantes y tiendas de licores del principio fueron dejando paso a las luces de neón de pubs y salas de ciberjuegos convirtiendo lo que había sido un gueto para emigrantes en el típico lugar que los jóvenes adoraban y sus madres odiaban. Vendedores callejeros ofrecían toda clase de drogas a mitad de precio, que muchos compraban a manos llenas, a pesar de que el contrabando no garantizaba la calidad de las que se podían obtener en el mercado legal. Adolescentes de todos los estratos sociales se mezclaban en los juegos colectivos de las videogalerías y se agitaban en las discotecas a ritmo de las últimas canciones de éxito. De vez en cuando las calles atestadas caían en incómodos silencios, justo al paso de los coches terrestres negros con lunas tintadas en cuyas portezuelas aparecía pintado el carácter ideográfico que era la marca de las tríadas. Lo más parecido a agentes de la ley que se podían ver los fines de semana en el barrio amarillo eran los porteros androides que cobraban la entrada en las discotecas y controlaban que ningún menor de edad entrase a las videogalerías. Entre semana no era infrecuente encontrar algún oficial corrupto que iba a la zona a cobrar su remuneración por mirar a otro lado.

Juan se encontraba en la calle bebiendo un botellín de cerveza mientras observaba un graffiti en la pared que representaba un unicornio rojo empalando con su cuerno a un orondo banquero. Alguien había escrito encima con spray negro: "Asesinos hijos de puta"

—¿Qué te pasa, chaval? ¡Que estás empanao! —Juan pegó un bote al sentir una mano en su hombro— ¡Jajajaja! Tenías que haberte visto la cara que has puesto —se carcajeó Alí.

—¡Cabrón! ¡Casi me provocas un infarto!

—Si tienes miedo de lo que te puede atacar por la espalda no parece muy recomendable quedarte mirando arte urbano —tras observar la pintada añadió—. Y menos si es de tan mal gusto como este.

—¿Por qué crees que hacen lo que hacen?

—Unos dicen que para expresarse, que es arte, otros opinan que ensucian fachadas...

—¡No, hostia! Los Unicornios Rojos

—¡Ah! —Allí se quedó un segundo pensando una respuesta lo suficientemente rimbombante—. Porque un iluminado destruyó sus últimos restos de personalidad llevándoles a una inevitable conclusión: la mejor manera de ganar adeptos a una causa es matando gente. No hace tanto había quien lo hacía en nombre de Alá.

—¿Y ese iluminado tuyo sería el famoso Coronel?

—¿El supuesto renegado de nuestras Fuerzas "Amadas"? Siempre dije que el ejército crea más problemas de los que evita. —Allí le quitó el botellín de la mano y lo terminó de un trago—. Te iba a preguntar si querías echarte una partidilla, pero veo que prefieres que hagamos sesudas reflexiones filosóficas sobre política y la condición humana.

—Nada puede sustituir un buen vicio.

—Quizá el sexo, pero no es algo que tú y yo catemos mucho. ¿Vamos al Ninsei?

Allí y Juan cruzaron la calle rumbo a la videogalería. En la puerta el portero androide les detuvo.

—Identificación, por favor.

Los dos muchachos se bajaron los cuellos de los abrigos, dejando al descubierto los códigos de barra con su número de identificación de la nuca. El portero pasó su escáner.

—Alí Hassan Rodríguez. Edad: 19. Juan González Smith. Edad: 18. Pueden pasar.

—¡Qué casualidad! ¡Igual que hace media hora! —a pesar del comentario, la máquina de aspecto humanoide no se inmutó.

—Al menos los porteros robots son mejores que los humanos, que convierten el derecho de admisión en una ecuación con dos variables: tamaño de los pechos y porcentaje de piel enseñada. Y no sé qué prefiero, si una paliza de un gorila anabolizado o una descarga eléctrica. —Allí fingió

un escalofrío—. Pero dejemos esta deprimente realidad y partamos hacia un lugar mejor.

El vampiro levantó la cabeza y se limpió con la lengua sus ensangrentados labios. Spike dio un paso atrás y se preparó para la acometida del chupasangre, intentando racionalizar lo ocurrido. Ante todo, debía evitar acabar como su compañero: muerto en el suelo y con el pelaje del cuello rojo carmesí.

En aquel momento, otro lupino surgió de entre los arbustos, con un gesto de ferocidad en la cara. Había algo de sensualidad y elegancia en el modo en el que arrancó la cabeza al no-muerto. La recién llegada (su tamaño y sus formas indicaban claramente que era una hembra) lanzó un aullido de victoria. A pesar de la reciente muerte de su amigo, Spike no pudo reprimir que un escalofrío de excitación le recorriese la columna vertebral al observar el pelaje plateado de su salvadora iluminado por la luz de la luna llena.

—Gracias, se puso contra el viento y nos atacó por la espalda. Cuando me di cuenta ya era demasiado tarde.

—Siento no haber llegado antes, quizá ahora me hubiese llevado dos agradecimientos. ¿Cómo te llamas?

—Spike

—Yo soy Molly. ¿Preparado para joder a esos parásitos, Spike?

—Siempre.

Los dos hombres lobo abandonaron la zona tras rendir un último aullido de despedida a su compañero caído y se internaron en la espesura. Durante cinco minutos corrieron por la espesura, con la banda sonora de la batalla de lupinos y chupasangres de fondo. De repente, Molly frenó a Spike con un brazo mientras olisqueaba el aire.

—Estamos ya cerca del túmulo. Nada puede disimular su hedor a putrefacción.

Las nubes se habían ido cerrando y el cielo eligió ese momento para empezar a llover. Spike y Molly avanzaron con sigilo bajo la intensa lluvia, que calaba sus pelajes. A medida que avanzaban, Spike notó que los árboles eran cada vez menos frondosos, hasta degenerar en troncos secos sin apenas hojas, como si se acercaran al epicentro de un terremoto de

muerte. Pronto llegaron a ese lugar, un claro del bosque en el que cinco vampiros custodiaban una pirámide de cráneos humanos con cuatro antorchas en cada uno de sus vértices, que ardían con una llama verde y enferma, ajenas a la lluvia. Molly gruñó y Spike sintió como la rabia inundaba su ser. La pareja de hombres lobo saltó simultáneamente sobre sus desprevenidos enemigos. Dos chupasangres cayeron destrozados sin poder siquiera defenderse y los otros tres no fueron rival para la letal coreografía de los frenéticos lupinos. Con un último aullido de victoria, Molly destruyó la pirámide que tan mal había sido defendida por sus guardianes.

JUEGO TERMINADO. LOS HOMBRES LOBO HAN VENCIDO.

Juan parpadeó dentro del casco, no le resultaba tan fácil volver a la realidad como olvidarla.

POR ESTAR EN EL EQUIPO GANADOR: 1 PUNTO

POR SOBREVIVIR: 1 PUNTO

POR MUERTES: 6 PUNTOS

SPIKE SUBE 8 PUNTOS

Se quitó el casco y procedió a desconectar los electrodos de pecho, brazos y piernas uno a uno. La luz blanca de la aséptica cabina de juego deslumbraba a Juan, que acababa de volver de la oscuridad. Mientras se calzaba y se vestía, descubrió que era la primera vez que realizaba este proceso sin pensar en la mejor manera de mejorar su personaje con los puntos obtenidos. Sacudió la cabeza. Probablemente "Molly" tenía 25 años, barba y se llamaba Manolo.

Alí le esperaba fuera, con una expresión sonriente:

—¡Qué cabrón! ¡Nunca te había visto moverte así!

—Ha sido todo gracias a la tal Molly...

—Podía haber llegado cinco minutos antes y salvar a mi pobre Muhammad. Ese puto vampiro nos pilló pero bien. ¿Cuántos puntos has subido?

—Ocho. Trece si hubiera destruido yo el túmulo, pero se me adelantó. La verdad es que se merecía los cinco puntos extra. Creo que Spike necesita algo más velocidad...

—Y de iniciativa, pero eso no depende de los puntos, depende del jugador.

Lo primero que captó el cerebro de Juan cuando se volvió fueron unos ojos azules que le miraban fijamente. Después fue asimilando un rostro que parecía salido de un anuncio de cosméticos de la televisión y una melena negra que brillaba por las luces de la galería. Las dos camisetas negras superpuestas que llevaba dejaban al descubierto sus hombros, adornado uno de ellos por un tatuaje tribal que Juan no pudo dejar de mirar durante toda la conversación. Al menos lo intentó, para evitar fijarse demasiado en sus pechos. Completaban su indumentaria unos pantalones holgados y ligeramente caídos y unas zapatillas negras.

—Tú debes ser Molly

—¡No! ¿En serio? En el mundo real me llaman María

—Juan —ambos se intercambiaron los protocolarios dos besos en la mejilla.

—Y yo soy el capullo al que mataron antes de que llegaras. Me llamo Alí —hizo una reverencia al estilo japonés.

—Un honor conocer dos guerreros tan capaces —replicó imitando el gesto, con una sonrisa en los labios.

—¿Sabes? Eres la primera chica que conozco que escoge los hombres-lobo.

—Demasiadas revistas de tendencias han provocado que la mayoría de las mujeres prefieran ir ligeritas de ropa mordiendo el cuello por la noche a contactar con su lado animal. Debe ser que la mujer moderna es la que se comporta como una ninfómana.

—O eso, o el pelo.

—No... Fui una vez a Portugal y también prefieren vampiresas —y tras reírse como si solo ella hubiera cogido el chiste, añadió—. Bueno, creo que me debéis un trago por haberos salvado el culo ahí fuera.

—No seré yo el que lo pague. Cuando llegaste ya estaba criando margaritas. Juan, en cambio, tiene que hacer tooooooooooo lo que tú digas. Es lo que sucede cuando contraes una deuda de vida.

Juan fulminó a Alí con la mirada. Alí le contestó guiñándole un ojo:

—De acuerdo... Pero no esperes pillarte una moña a cuenta mía — deseó no haber abierto la boca según terminaba la frase, pero la risa de la chica demostró que no la había ofendido lo más mínimo.

—Tú sí que sabes hacer que una chica se sienta deseada.

—Me encantaría acompañaros, pero tengo la extraña necesidad de conducir a 265 km/h por los suburbios deprimidos de una megalópolis estadounidense huyendo de la policía. En otra ocasión, quizá.

Mientras Alí se perdía entre la multitud, rumbo hacia los juegos de conducción, María se volvió hacia Juan:

—¿Siempre es tan... así?

—Filología hispánica, le gusta hablar como un catedrático —respondió Juan sonriendo. María meneó la cabeza, divertida, hasta que volvió a hablar.

—No te veo muy hablador así que voy a concederte tu última oportunidad de invitarme. ¿Lo tomas o lo dejas?

Fuera se había hecho un corrillo alrededor de cuatro breakers que bailaban al son de la música que salía de su autosintetizador. Juan y María se dirigieron calle abajo hacia el Freak, un bar retro con poca luz, ideal para los amantes de la música clásica del siglo XX y las parejas de una sola noche. El dueño del Freak presumía de poseer un bar al auténtico estilo del Siglo de las Ideologías, incluyendo un difusor de olor de humo de tabaco, un condensador de vapor para recargar la atmósfera y el único portero humano de todo el Barrio Amarillo. Cuando Juan y María llegaron, el gorila miraba con recelo a un oriental que vomitaba varios metros más allá, auxiliado por un amigo.

—¡¡Me cago en el puto Torneo Internacional de Resistencia al Alcohol!! ¡¡Y encima el Dominik se va con una!! ¡¡Así sea un travelo!!

—No sé que me ha pasado, tío —dijo Chen mientras se limpiaba los restos de vómito de la boca.

—Que te has metido en un concurso de beber con un europeo del este y un español. Y que a lo mejor pone whisky en la botella, pero todo el mundo sabe que lo que te dan es lo más parecido a quero... ¡¡Pero me cago en tus muertos!! ¡¡Las zapatillas nuevas a la mierda!! ¡¡Podías mirar donde potas, digo yo!! —mientras se quejaba giró la cabeza y descubrió a Juan y a

su nueva amiga—. Cojonudo. Estoy viendo como el puto Florista pota encima de mí mientras todo Cristo pilla cacho esta noche. ¿Qué cojones hice mal yo en una vida anterior?

—Perdona, tronco... —susurró Chen desde el suelo.

—Perdona, perdona... Cago en Dios, tira delante de mí a ver si pillamos un taxi. Como que me llamo Javier que este moco te lo aguantan tus padres.

Cuando Juan entró al Freak intentaba contener las carcajadas. Medio minuto después le parecía que lo que trataba de hacer era no babear. Viéndola moverse dentro del bar, mientras saludaba a unos y otros camino de la barra, se sentía como el perro que camina junto a su amo: feliz solo de que le deje acompañarlo.

—Un Bloody Mary para mí y...

—Ron con cola. Cuba libre solo hay uno. Para preferir hombres lobo eliges bebidas muy rojas.

—No importa donde vaya. Los hombres son igual de patéticos a la hora de entrar a matar.

—¿Qué?

—¿Crees que empecé a hablar contigo para comentar el color de mi bebida? ¿Para comentar mi filiación por una de las razas de un juego?

—Me resulta difícil creer que una chica como tú se fijara en alguien como yo.

—Quizá no me fijé casualmente. Quizá te estuviera buscando.

Juan cerró los ojos y se dejó llevar. Aparte de cada segundo nada importó el resto de la noche.

---

## 10

**La luz del Sol** le hirió los ojos mientras el rumor de la cercana fuente llenaba sus oídos. Juan no pudo evitar recordar que precisamente esos dos eran los sentidos que menos había usado la noche anterior. Cuando su vista se acostumbró a la límpida mañana pudo distinguir una figura que parecía recién salida de los cuentos de "Las mil y una noches". Un tuareg observaba una red cúbica brillante, como un gigantesco cristal de sal cúbico y luminoso, con algunas figuras blancas y negras situadas en los nudos de la malla tridimensional. Bajo las sombras mágicas del Patio de los Leones de la Alhambra de Granada, donde la fantasía ganaba la partida a la razón, tan solo el avatar de Juan parecía extraño. Su gabardina y sombrero de ala ancha destacaba como una mancha de chocolate en el escote de un vestido de novia.

—¿Ruso, chino...? —rompió el silencio Juan.

—Uzbeko, creo. La nacionalidad es algo secundario, lo importante es la manera de jugar.

—Me duele la cabeza solo de mirarlo, creo que me saldría un tumor cerebral si intentara jugar. Bastante mal lo paso ya con el bidimensional.

—Así que después de descifrar todos los movimientos posibles del ajedrez clásico, cuando desarrollaron el tridimensional no te pidieron opinión. Qué desconsiderados... —Alí movió levemente su brazo derecho y una de las piezas negras se desplazó varios nudos a lo largo de la malla. Tras comprobar su movimiento una vez más y hacer un leve gesto de aprobación con la cabeza se volvió a Juan, mirándole a los ojos por primera vez— ¿Qué te han dicho tus padres de lo de anoche?

—¿Qué?

—Permíteme una respuesta "a la gallega". ¿Conoces el chiste de la hija que entra corriendo a la cocina y le dice a su madre: Mamá, mamá, ya no soy virgen, qué hago?

—Y la madre responde: Cómete un limón, rápido. ¿Así volveré a ser virgen, mamá? No, pero se te quitará la cara de putita viciosa que tienes ahora. Pillada la indirecta. —Juan se estiró y contuvo un bostezo—. Me he levantado a la una y media. Mi padre y mi hermana se han pasado toda la

comida discutiendo lo del penalti de Jairzinho de ayer mientras mi madre se quejaba de lo poco que la ayudamos en casa. Por supuesto, nadie se ha fijado en mí. Típico domingo en la familia González Smith.

—¿Y qué tal con María? Tuve que apartarme para que no me dieran las fichas que os lanzabais...

—Un caballero nunca habla de esas cosas.

—Sobre todo si el caballero no tiene nada que decir. No mojaste el churro, ¿verdad? —Alí sonrió con sorna.

—Mira chaval, menos tocar los cojones. Yo... Un momento, tengo a alguien más conectado. Enseguida vuelvo.

—Te espero impaciente. Para cuando vuelvas habré pateado un culo uzbeko.

Juan se encontraba en un mirador de madera construido sobre una zona con vegetación baja. Frente a él se encontraba un inmenso glaciar, que recorría un valle entre montañas y terminaba abruptamente al pie del acantilado donde se encontraba el mirador. El color azul del hielo recordó a Juan la espuma de afeitarse. De vez en cuando gigantescas astillas congeladas se desprendían, cayendo a la laguna. Las suaves olas producidas por el impacto morían instantes después en la orilla cercana. A Juan no le hubiera importado pasar el resto de su vida contemplando aquel paisaje. Sobre todo en tan buena compañía.

—El glaciar Perito Moreno tal y como era a principios del siglo XXI, antes de que se fundiera como los casquetes polares —el avatar de María estaba apoyado en la barandilla del mirador al lado de Juan. Vestía una camiseta de tirantes negra hasta el ombligo y los mismos pantalones de la noche anterior. El host estaba muy bien logrado, pero para ser un glaciar la temperatura era casi primaveral—. Mi abuelo lo visitó por primera vez cuando tenía mi edad. Nueve años después volvió a venir para declararse a mi abuela.

—Es...impactante. No sé ni qué decir. ¡Espera! ¿No querrás que imite el gesto de tu abuelo?

—Hoy por lo menos no —respondió María con media sonrisa en los labios.

—¿Cómo has conseguido mi dirección?

—Voy a contarte un secreto para que lo sepas ahora que estás a tiempo: yo lo sé todo.

—¿Incluida la peli que vamos a ver esta noche?

—¡Uououououo! Voy a tener que llamar a los periódicos. El macho ibérico, que se creía extinguido, sigue haciendo vida normal en Madrid. ¿Y cuándo estemos dentro qué harás? ¿Arrancarme la ropa y follarme allí mismo?

—¿Cómo? —balbuceó Juan

—A lo mejor anoche me sentía sola, hice una gilipollez y me he puesto a hablar contigo para decirte que paso de volver a verte. ¿Se te había ocurrido esa posibilidad o eres demasiado hombre como para creer que alguien te puede rechazar?

—Lo siento... Yo... Mira... —Juan no encontraba las palabras.

—“Almas de oscuridad”. Me apetece verla. —María le besó durante cinco o diez segundos—. A las diez y media en los senticines Alpha. —Volvió a besarle—. Y te advierto que las películas yo voy a verlas, no a que me metan mano. Por ese precio alquilamos un motel. Ahora vayámonos. Tus amigos nos esperan.

—Y entonces le levantó la minifalda y encontró su “amigo secreto”.

—¿Un herma?

—Como te lo cuento, illo. Dominik casi le pota encima. Y yo que creía que había pasado mala noche...

—Creía que esas cosas se notaban.

—Con las hormonas, células madre y toda esa mierda de hoy en día, te pueden hacer miembros nuevos sin alterarte exteriormente. Ya no hay ni voz, ni vello facial, ni mierdas de ese estilo. ¿Sabes? Me pregunto si nació tío o tía.

—Se supone que los herma están por encima de esas cosas. A veces se sienten hombre y a veces mujer.

—Creía que la gerontofilia era enfermiza, pero esto destruye todo mi sistema de creencias.

—Los herma no pasan por el quirófano solo para follar, ¿sabes? — María y Juan se habían materializado a través de un óvalo de luz azul fosforescente en el host de Alí, que se encontraba tirado en la hierba. El

Gitano se fumaba un pitillo apoyado en el borde de la fuente—. Si quisieran comprobar cual es la diferencia entre follar metiendo una polla o que la polla te la metan a ti recurrirían al cybersexo.

—La veo muy puesta en el tema, señorita. ¿Acaso lo ha probado alguna vez? —se burló el Gitano.

—De vez en cuando es agradable un cambio de perspectiva. Si lo probaras tú a lo mejor tu sistema de creencias variaba.

—No lo creo, niña. Soy un tío al que le gustan los tíos. No voy a negar que lo he probado con chicas pero descubrí enseguida que no era lo mío —dio una calada al cigarrillo—. Mira, puedo entender a los que dicen estar atrapados en un cuerpo de otro sexo, pero eso de tener identidades sexuales que cambian dependiendo de la dirección del viento no me lo trago.

—Sorprendente, creo que es la primera vez que oigo al Gitano decir dos frases seguidas sin una sola palabrota —Allí se levantó de un salto—. No los hemos ni presentado y ya están discutiendo. ¿Qué ha sido de nuestra educación, Juan?

—¿Alguna vez tuvimos? María, este es Javier, pero todos le llamamos el Gitano.

Mientras María y el Gitano se daban dos besos Juan se volvió hacia Allí:

—¿Qué tal tú anoche? Te dejé solo...

—Gracias por acordarte, tío. Lo de siempre, terminé de viciarme y descubrí que todos mis colegas o se habían ido a casa o se estaban dedicando a cosas más interesantes. Por suerte me encontré a uno de la facultad y estuvimos llenándonos de cerveza hasta las mil.

—Lo siento...

—Sí, claro... Además, yo hubiera hecho lo mismo.

—¿Habéis terminado de discutir, viejo matrimonio? Me aburro como una puta mona. Vamos a jugar a algo.

—Los juegos en red van muy lentos salvo que el servidor sea muy potente. ¿Quién de vosotros tiene una máquina así?

—Señorita, usted sabrá mucho de conductas sexuales no convencionales, pero no tiene ni puta idea de los juegos que le gustan al Gitano. Apuesto cincuenta centauros a que se lo pasa mucho mejor con lo

que tengo en mente que con las putas batallitas esas de las videogalerías de los cojones.

La luz del día entraba por la puerta y la ventana, aunque el interior permanecía en sombras, una disposición ideada por el arquitecto para regular la temperatura del local. Tras la barra, detrás de los dos grifos de cerveza, estaba enmarcado un póster con más de diez años de antigüedad, el del primer partido del Real Betis Balompié en la división superior de la EFL. Fotos del mismo equipo decoraban las paredes de la taberna, justo entre los espacios que dejaban las mesas cuadradas cubiertas de verdes tapetes. Sobre cada una de ellas se encontraba una baraja española y amarracos, esperando ser utilizados. Una voz ceceante, que parecía salir de todas partes, rapeaba sobre una melodía suave y oscura, poniendo hilo musical al bar. Allí, el Gitano, Juan y María se reunieron frente a la mesa rectangular que se encontraba en el centro de la habitación. Más alta que las demás, estaba atravesada por ocho barras de metal por su lado más ancho, acabando sus extremos en mangos de goma.

—¿Un futbolín? —se sorprendió María

—Las cosas simples suelen ser las mejores. Mucha mierda en red y mucha sensación de realidad, pero nada supera a los clásicos.

—Y eso lo dice un tío conectado al Messenger. En fin... ¿Dejamos a la parejita que vayan juntos?

La bola comenzó a rodar de un lado al otro del futbolín, un meteorito de plástico duro entre constelaciones de jugadores de madera.

—¿Habéis oído al cabrón de Rodríguez? Nunca se ha vivido mejor en España... Quiero seguir mereciéndome la confianza del pueblo español... Alguien debería recordarle que salió elegido en unas elecciones en las que hubo un 76% de abstención.

—¿Y quién va a hacerlo, Juan? ¿La cadena de televisión de su primo? ¿El periódico que dirige su compañero de instituto? El famoso cuarto poder lleva chupándole la polla a los otros tres tanto tiempo que ya no se acuerda de cómo ser objetivo.

—No me jodas, Alí. ¿Necesitas que una de las presentadoras de televisión clónicas te hagan publicidad para protestar? Porque lo único que yo necesito son motivos y ganas de expresar mi opinión.

—¿Cómo hicieron en Barcelona la Semana Santa? —terció Javier—. No me toques los cojones... Bastante tengo con tragar a mi madre dándome la chapa porque no estudio todo lo que a ella le gustaría como para encima comerme cargas policiales. Además para quitar a un gilipollas y poner a un cabrón... Todos los políticos son iguales. ¡Joder, Alí! ¡Que es el tercero que te cuela!

—Suerte del principiante. Esta no me vuelve a colar ni uno más.

—Sí, sí. Al saber le llaman suerte. —María guiñó un ojo—. De todas maneras muy iguales no deben ser. Andan siempre a hostias en el Parlamento.

—Eso sí que es vergonzoso. No se ponen ni acuerdo ni para ir a las manifestaciones contra el terrorismo juntos. Mucho hay que unirse contra la barbarie y todas esas gilipolleces, pero al final se terminan tirando los trastos a la cabeza y diciendo que el otro es filunicornista. Lo que yo te diga, todos unos cabrones.

—No sé, tronco. Lo de los unicornios...

—No empieces otra vez, Juan. Me da igual que su objetivo sea lógico o no. Si matas pierdes toda la razón.

—No es eso. Yo también pienso así, pero en los últimos atentados han desmentido que hayan sido ellos...

—¿Hace falta que te recuerde la masacre del Bernabéu? ¿Lo de la final de la EFL? Mandaron una reivindicación y cuando vieron que se habían cargado a más de 2000 personas mandaron un desmentido, para que no se les echara la gente encima. Desde entonces, lo hacen siempre. No te puedes fiar de esa gente.

—Tengo miedo de que esto sea como el pastor y el lobo, ¿sabes? Que ahora cuando de verdad no han hecho nada sea cuando no les creamos...

—Además —saltó María—. Los objetivos no son muy lógicos. Siempre terminan matando a políticos y personajes críticos con el gobierno.

—Sí. O poniendo coches bomba frente a colegios.

—Esa es otra. ¿Para qué matar a un montón de inocentes? Si están en una guerra con el gobierno para mejorar la sociedad, no tiene sentido masacrar niños y trabajadores. Así van a tener en contra a la gente por la que se supone que están luchando.

—Te lo dije ayer y te lo digo hoy, Juan: no busques lógica a lo que no la tiene. Están zumbados y punto. Sorbieron su cerebro con una pajita y creen estar en una guerra santa. No hay más. Todo el respeto que podría tenerles se desvaneció cuando mataron a familias inocentes en ese estadio.

—Illos, ¿podemos dejar de hablar de la mierda esta? Por eso matan, para salir en la tele y que la gente hable de ellos. Por lo visto así se creen que sus pollas son más grandes que la media.

—Sí, vamos a dejarlo. No se puede hablar de Dios, política o fútbol sin que saquemos al asesino en serie que todos llevamos dentro.

—Además yo me voy a ir. Los grandes campeones se retiran cuando están en lo más alto. —María se dirigió hacia la puerta—. A las diez y media, Juan. La que puede llegar tarde de los dos soy yo —atravesó el óvalo de luz azul que indicaba la salida del host y su avatar desapareció.

—Yo también me piro. Tengo que fingir que estudio para que mis padres no se pongan plastas.

—Desde luego estáis hechos el uno para el otro. Ninguno tiene la decencia de conceder una revancha...

Juan se quitó el casco conector de la cabeza, se desconectó los electrodos y salió del cuarto del ordenador. Su madre barría frenéticamente el pasillo. Juan meneó la cabeza. Había dejado conectado el droide aspiradora justo antes de conectarse.

—¿Qué haces barriendo?

—Por muchas mejoras que tengan esos droides, nunca quitan el polvo de los rincones. ¿Por qué no aprovechas para estudiar un poco?

—A eso iba, mamá.

—Que luego te pilla el toro.

—Sí, mamá.

—No te vaya a pasar como en el primer cuatrimestre.

—¡Joder, mamá! ¡Que te he dicho que me voy a poner a estudiar!

—¿Crees que aceptará?

—Estoy casi segura, Coronel. Aunque aun es pronto. Necesitaré unos cuantos días más.

—Date prisa. No sabemos cuanto tiempo podremos volar bajo el radar.

—Haré lo que pueda, Coronel.

—Y María, intenta que no se enamore de ti esta vez. Recuerda lo que pasó con Luis. Esta vez no quiero problemas.

Lo primero que vio María al quitarse el casco conector fue a Yu frente a las siete pantallas de su vieja terminal. Yu estaba convencida de que cuanto más antigua fuese la tecnología, más difícil de detectar era para la unidad informática antiterrorista.

—¿Estamos seguros?

—Por ahora vamos bien, pero no sé cuanto tiempo podré detener a Sabueso. Ese puto programa es un cabrón con pintas, es jodido de parar. ¿Has quedado con el candidato esta noche?

—Sí, pero no sé si podré reclutarle hoy mismo. Es muy poco tiempo.

—Estaré cerca. Puede que necesites ayuda —se oyó desde las sombras.

—Estaré bien, Luis.

—¿Dijiste lo mismo el día que viniste a reclutarme?

A pesar de que le conocía desde hacía más de un año, María no pudo reprimir un escalofrío cuando Luis comenzó a reír. Jamás lograría acostumbrarse a la cicatriz que le recorría la parte izquierda de la cara, ni al rudimentario ojo biónico. O quizá era que no comprendía el porqué Luis no quiso someterse a cirugía reconstructiva ni poseer un implante más moderno. Tal vez, simplemente, era incapaz de apreciar su humor negro.

---

## 11

**El agua surgía** como un geiser, cayendo al estanque de la cima de la pirámide. Cuando éste se llenaba, el líquido desbordado caía por cada una de las caras escalonadas de plástico transparente dejando ver la escultura del interior, una especie de ángel metálico oxidado por la humedad, que sostenía una espada en una mano mientras se llevaba a la boca una enorme trompeta. El conjunto estaba rematado por otros cuatro potentes chorros de agua que surgían de la parte baja de la fuente. Cualquier crítico de arte medianamente competente hubiese calificado la figura como un manual sobre lo que no se debe hacer en lugares públicos, aunque a la marea humana que pasaba a su alrededor todos los días le importaba bastante poco.

Como una gota más en aquella riada de gente, Juan esperaba mientras agotaba los restos de su paciencia. El gigantesco reloj digital que pendía sobre la entrada principal del Complejo Comercial Alpha se movía inexorablemente, añadiendo cada segundo una pesa más al hundido pecho de Juan. Una música pegadiza y machacona, el último superventas prefabricado por las compañías discográficas, perforaba sus tímpanos, poniéndolo aun más nervioso. De vez en cuando echaba una mirada a su videófono móvil, esperando un mensaje de María, una explicación a su tardanza.

—Me gustan los hombres que saben esperar.

Juan botó al sentir el susurro en su oído y sintió como la adrenalina golpeaba su sistema nervioso. Se volvió para saludar y sin saber muy bien por qué asoció la imagen de una pantera a la figura de María. Había algo de belleza felina en los penetrantes ojos azules escondidos tras unas gafas de lentes anaranjadas, en las curvas que insinuaba la ropa ancha que llevaba, en su sonrisa estudiada... Sin embargo había también algo oculto en ella, algo que hacía sentir a Juan como un cervatillo asustado.

—Veinte minutos... No está mal para ser mujer —bromeó.

—En realidad llegué solo cinco tarde, pero es mucho más divertido hacerse desear —lo cogió de la mano y lo arrastró hacia el cine—. Vamos, ya he cogido las entradas, tú invitas al café de después.

Las dudas de Juan se disiparon solo con el contacto con la piel de María. Deseó que el dulce sueño que estaba viviendo no se acabase.

—Aquí Charlie Tres, la información era correcta, he avistado a los dos tangos.

—Diez cuatro, Charlie Tres, permanece en posición. El equipo táctico está en camino.

“Almas de oscuridad” era una de esas pequeñas producciones que de vez en cuando producían grandes terremotos en la sólida industria sensocinematográfica. Frente a las múltiples elecciones de personajes que ofrecían las películas chinas y estadounidenses de gran presupuesto, “Almas de oscuridad” solo permitía que los espectadores se metieran en la piel de Serguei, un científico que llegaba a una ciudad secreta soviética y se encontraba con la misma despoblada. Algunas personas tenían que abandonar la sala, presas de un ataque de ansiedad debido a la tensión que producía la película y a la crudeza de algunas escenas. La sala, que estaba llena a pesar de que era la quinta semana de emisión, estalló en un aplauso unánime cuando los títulos de crédito llegaron a sus nervios ópticos.

—¡Ha sido genial! ¡Sobre todo cuando encuentra el meteorito! ¿Y el final de la película? ¡¡Parecía que estaba drogado!!

—Calma vaquero... Te noto muy excitado.

—Es difícil contenerse contigo cerca.

—¿Ah, sí?

Las lenguas se juntaron en nuevo beso, haciendo que el corazón de Juan saltase como un potro desbocado.

—Aquí Charlie Tres. Ya han salido, repito, ya han salido.

—Diez cuatro, Charlie Tres, abandone la zona. El equipo táctico está desplegado y en posición.

Juan levitaba más que andaba abrazado a María, hablando de cosas sin importancia en voz queda. No era de esa clase de chicos que tenía una novia distinta cada semana y recordaba haber pasado por ese mismo lugar envidiando a las parejas que paseaban cogidas de la mano. Muchas veces

se sentía anacrónico, nacido en un tiempo que no era el suyo, demasiado sentimental en una era superficial, y sus amigos no le ayudaban precisamente. Allí era bastante misógino, y se escudaba en su falta de tiempo para hacer lo que quería para justificar su relación nula con las mujeres. Chen, por su parte, solo pensaba en reunir la mayor cantidad de dinero y decía medio en serio medio en broma que la mejor manera de enamorar a una chica era agitar frente a su cara papelitos de colores con un número y la palabra euro escritos en ellos. Dominik era consecuente con esta afirmación y solía demostrarla con frecuentes visitas a burdeles, aunque todos sus amigos sabían que estaba enamorado de Paula, la novia de Noah. En realidad, del grupo de amigos, los dos deportistas eran los que tenían más éxito, quizá por su aspecto opuesto, que se reflejaba en su manera de jugar al fútbol. El alto y fibroso Noah, veloz y potente, y Raúl, el metrosexual delicado, que mimaba tanto al balón como el balón a él. Y luego estaba el Gitano. Nadie preguntaba por su vida y a nadie se la contaba. No era el protagonista de una serie para adolescentes pijos e idiotizados, solía repetir, adornándolo con bastantes expresiones obscenas, a quien me folle yo es cosa mía.

El empujón de María lo tiró al suelo, rompiendo el hilo de sus pensamientos. Los gritos de la gente fueron tapados por el ruido de las balas al ser disparadas. Juan buscó frenéticamente a su agresor. La realidad se movía a cámara lenta, gente corriendo en todas las direcciones presa del pánico, y una cabeza cubierta por un casco de la policía nacional destacando entre la multitud. Un aumentado, pensó Juan, un puto aumentado. Sólo la unidad antiterrorista los utilizaba y corrían rumores de que los injertos les producían locura y graves deficiencias mentales en el mejor de los casos. En los peores, la gran mayoría, se quedaban tetraplégicos tras rechazar los trasplantes o morían en la mesa de operaciones. Había que ser muy loco o muy patriota (escasa diferencia, o eso pensaba Juan), para someterse al proceso.

—Sólo ha sido una ráfaga de advertencia, pero estoy autorizado para usar fuerza letal. No dudaré en usarla si te resistes. Lo mejor para todos es que te rindas. —La voz era grave, impersonal, parecía más un androide que un ser humano, embutido en esa gigantesca armadura, apuntando con la CETME .50 de repetición a María.

—¿Y morir de un desgraciado ataque al corazón en el coche que me lleva a comisaría? Tal vez decida ahorcarme en mi celda, ¿no? En tus sueños, cariño...

María rodó hacia un lado, esquivando las balas que atravesaron el espacio que había ocupado un momento antes. Mientras caía lanzó un pequeño objeto que a Juan le recordó un pintalabios. En el mismo instante que tocó el suelo se abrió, dejando escapar un fino polvo de varios colores, fuegos artificiales que destacaban en la luz fluorescente que iluminaba el centro comercial. El policía gritó de dolor, y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Corre! ¡El efecto no durará mucho!

—¿Qué?

—¡Calla y corre, joder!

Como una oveja que sigue a su perro pastor, Juan salió corriendo detrás de María, esquivando a la gente. Un escaparate se rompió en pedazos 20 metros más allá del lugar donde estaban Juan y María. La granada había afectado también a los sensores de las balas inteligentes, y los francotiradores lo sabían, pero preferían herir a inocentes antes que dejarlos escapar. Bajaron la rampa mecánica a toda velocidad, empujando a todo el que encontraban a su paso, hasta llegar a la planta baja. Cuando estaban enfilando la puerta del aparcamiento, Juan oyó la fuente que se había quedado contemplando antes y que acababa de pasar saltar en pedazos. El aumentado se había recuperado, pero sus implantes aun no funcionaban a pleno rendimiento.

El parking era grande y la mala iluminación producía fantasmagóricas sombras en los coches aparcados. María se movía con agilidad, buscando una salida entre los vehículos, como si llevase toda la vida huyendo de la policía. El penetrante olor a orín de algunas zonas le dio arcadas a Juan y comenzó a sentir dolor en el costado. Sin saber cómo ni por qué, algo le hizo volar varios metros en el aire. La onda expansiva de una explosión hizo saltar las alarmas de todo el aparcamiento, que se unieron en un siniestro coro. Entre los coches que habían estallado surgió otro policía y levantó su arma antes de ejecutarles. Juan no pudo distinguir si era el mismo de antes con el casco puesto. Cayó inconsciente. María apretó los dientes, dispuesta a morir.

De pronto, el aumentado cayó al suelo. Luis estaba detrás de él, sujetando un rifle PEM cuya antena aun apuntaba al hombre que se retorció de dolor en el suelo. Una media sonrisa brillaba en la cara deformada por la cicatriz.

—Vamos —dijo y escupió en el casco del aumentado.

Una vez, cuando estaban en Alemania de vacaciones, el padre de Juan quiso poner a prueba el sedán Kyuang familiar y puso el coche a 220 kilómetros por hora, en una autopista amplia y despejada. Ahora circulaba a 275 por un atestado Paseo de la Castellana. Luis pisaba a fondo el acelerador, todos sus sentidos concentrados en esquivar al resto de automóviles y burlar la vigilancia de los tres Harrier de la policía que los seguían desde el cielo. María estaba sentada en el asiento del copiloto, intentando hablar por su videófono móvil, tratando de hacerse oír por encima del atronador sonido del Peugeot modificado.

—¡Zona contaminada, salid cuanto antes! ¡Nos vemos en Rojo-7!

Abrió la ventanilla y tiró el videófono. La ráfaga de aire frío que entró desperezó a Juan, que estaba en el asiento de atrás. Los ojos se le abrieron lentamente y el rostro se le quebró en una mueca de sorpresa.

—¿Dónde...? ¿Qué coño está pasando?

—Bienvenido al campo de batalla, novato —le contestó Luis—. Primera lección para las persecuciones en Madrid: los aerocoches no son un problema grave.

Luis pegó un volantazo que hizo a Juan chocar contra una de las puertas del coche. Las ruedas del Peugeot dejaron marcas en el asfalto al girar y entrar dentro de un túnel.

—No está mal, ¿eh?

—¿Quieres dejar de parlotear y dedicarte a conducir?

—De nada por las gracias, María —gruñó Luis—. Seguro que tú también arriesgarías tu vida por salvarme.

—Es inútil que huyamos. Pueden rastrear cualquier coche que esté dentro de la Unión Europea.

—Este no, novato. ¿Con quién crees que estás tratando?

—Eso me gustaría saber a mí...

—¿Y nuestros amigos del centro comercial no te han dado ninguna pista?

Juan tragó saliva. Sentía la boca seca. María lo miraba fijamente a través del espejo retrovisor, con la cara iluminada por las luces amarillas del túnel. Juan sintió que todo aquello no era más que un sueño inspirado en alguna película de espías de bajo presupuesto.

—Tengo que hablar contigo de muchas cosas.

—No estaría mal. Empieza.

La Madriguera del Topo. Así era conocida popularmente la red de comunicaciones subterránea de Madrid. Una miríada de túneles llenos de pintadas y habitados por vagabundos y, según las leyendas urbanas, alguna que otra criatura no tan humana. La Madriguera contenía varios niveles de profundidad y se decía que nadie la conocía al completo. Además de su función viaria se utilizaba para todo tipo de operaciones ilegales. En una hora se podía cruzar toda la ciudad de una punta a otra, pero Luis prefirió utilizar rutas más seguras y menos transitadas.

Por el camino María le habló a Juan de los Unicornios Rojos. El curso de iniciación al completo, según comentó el conductor antes de ser atravesado por una mirada de María. En sus inicios, los Unicornios eran un grupo de hackers que se dedicaban a piratear medios de comunicación, como forma de crítica al control del gobierno de los mismos. Durante un tiempo ganaron simpatías entre la opinión pública por estos ataques. Demasiadas, según algunos. En la final de la EFL que enfrentaba al Milán y al Manchester en el estadio Santiago Bernabéu estalló una bomba que destrozó gran parte del recinto deportivo, matando a varios miles de personas e hiriendo a muchos más. En las horas de confusión que siguieron al atentado apareció en varios sitios de la red una reivindicación firmada por los Unicornios Rojos, reivindicación que fue desmentida al poco tiempo. A pesar de todo, los periodistas cargaron contra el grupo, acusándolo como únicos culpables de la masacre. Las manifestaciones se sucedieron por todo el mundo. Un mes después se aprobó por mayoría absoluta en el parlamento el uso del programa Sabueso, capaz de rastrear todos los correos electrónicos, llamadas telefónicas y cámaras de seguridad del país, para encontrar a los terroristas. Última tecnología al servicio de la seguridad

ciudadana, según el gobierno, control absoluto de la actividad de todos los habitantes del país, según los escasos disidentes. En cualquier caso, a pesar de todos los esfuerzos de la policía, no se logró arrestar a ningún implicado. Desde entonces atentados no tan fuertes se habían sucedido periódicamente, una macabra rutina que no dejaba de conmocionar a la sociedad.

Ésa era la versión oficial. Una de las cosas de las que más segura estaba María era que ninguno de los primeros Unicornios fue responsable de la matanza del Bernabéu. Los más radicales del grupo culpaban al propio gobierno, pero la hipótesis más verosímil señalaba a un esquizofrénico paranoide que creía que Dios le hablaba al oído y decidió inmolarse junto a cientos de familias. La tesis de que el gobierno, al menos sus sectores más duros, tenía algo que ver con el falso comunicado y los atentados posteriores sí era más aceptada. En vista de los réditos electorales y de popularidad obtenidos tras el primer atentado, se dedicaban ellos mismos a fabricarlos. Se hablaba incluso de un grupo militar de élite como autor material de los mismos.

Todas estas teorías nunca llegaron a ser conocidas por el gran público y muchos de los miembros originales no las creyeron, abandonando el grupo tras su ilegalización. Entonces surgió el Coronel, un antiguo miembro del ejército español. El Coronel afirmaba poseer pruebas que confirmaban la actuación del gobierno en varios atentados.

El escándalo fue mayúsculo. Durante varias semanas hubo violentas protestas en la muchas ciudades españolas, protestas que cesaron tras la rápida desclasificación de algunos informes sobre el Coronel. Dos expedientes por muertes bastante irregulares de civiles en misiones de paz en África, evaluaciones psiquiátricas no muy favorables y una degradación a sargento por agredir a un soldado bajo su mando convirtieron al héroe defensor de las libertades en un criminal violento resentido con sus antiguos mandos.

A pesar de todo, el Coronel no se rindió y en poco tiempo se convirtió en el líder espiritual de los Unicornios Rojos, a los que reorganizó y preparó para su nuevo estado, sin variar sus objetivos. María fue una de las primeras en ser reclutadas, junto con muchos otros jóvenes llenos de ideales y recelosos con el sistema, pero la policía no había frenado su

persecución de sospechosos de pertenecer al grupo, que se veía frecuentemente mermado. Sobre todo por la anormalmente alta tasa de mortalidad entre detenidos, el último de ellos, Andrés Sánchez, no hacía ni dos días. Juan, que llevaba siendo observado durante varios meses, había sido el elegido por el Coronel para sustituirle.

Luis detuvo el Peugeot junto a una nave de un polígono industrial despoblado. Las escasas farolas de la calle producían una iluminación irreal, tétrica, que provocó a Juan una incómoda sensación de desasosiego.

—¿Y bien? —preguntó María.

—Debería mandarte a la mierda —respondió Juan—. A ti y a tu matón. Sólo te acercaste a mí para reclutarme para tu comando de mierda. Eres una puta, María. Paso de tener nada que ver contigo y con tus amiguitos sorbecerebros.

—Mira, novato —Luis estaba apoyado sobre el volante, con la mirada fija en algún lugar del infinito—. Sé exactamente como te sientes. Digamos que la campaña de captación de María es algo... peculiar, pero nos necesitas. Ahora mismo la policía estará leyendo una larga lista de crímenes en los que has estado implicado mientras tus amigos son torturados en alguna celda oscura, por si acaso se les ocurre seguir tu ejemplo. Puedes volver a tu casita si quieres, pero en mi opinión no durarías ahí fuera ni unas horas.

Casi se podía oír el sonido de las neuronas de Juan en el tenso silencio que siguió a las palabras de Luis.

—No es por meterte prisa ni nada, novato, pero es que nos persigue la madera, ¿sabes? Tenemos que salir de esta ciudad echando hostias.

—¡Vale, joder! Esto no es fácil, ¿sabes? —Juan sentía la garganta seca—. Supongo que no me queda más remedio que ir con vosotros.

Luis no dijo nada y a Juan le pareció que María suspiraba, aunque no supo distinguir si era un suspiro de alivio por su decisión o de fastidio por lo que había tardado. En esos momentos no sabía si la odiaba o si se había enamorado de ella como un imbécil.

Salieron del coche y Luis les condujo a una de las naves, con el anagrama de una empresa de transportes en un lateral. El Unicornio dejó al descubierto su código de barras, dejando que el lector le escasease y la

puerta comenzó a subir lentamente con un sonido metálico. Una flota de autocamiones ocupaba toda la nave, recordando una división blindada esperando el comienzo de una batalla. Se dirigieron a uno de los transportes frigoríficos y Luis abrió la puerta del contenedor con una sola mano. El aire frío del interior provocaba que se le formase vapor blanco al hablar, como si estuviese fumando:

—Houston, tenemos un problema —tocó algo en el suelo y dos compuertas se abrieron junto a él, como un resorte—. Dos de nosotros vamos a tener que viajar muy apretados y ninguno de vosotros dos cabe ahí conmigo...

María no dijo nada y se metió en uno de los compartimentos. Juan la siguió con desgana. Ambos quedaron tumbados frente a frente, apenas había espacio para nada más.

—¿Estás seguro de que no nos pillarán? ¿Podremos respirar bien aquí dentro?

—Esto está preparado para transportar emigrantes por Europa, novato, y se meten tres en una de estas cajas de zapatos. La pasma ni nos olerá. Y no creo que se acabe el aire si no jadeáis demasiado —Luis cerró la puerta y todo quedó en la más absoluta oscuridad.

El tiempo se le hacía eterno a Juan, y el contacto con el cuerpo de María no ayudaba nada. Podía sentir el movimiento de su pecho al respirar, y notaba cada mínimo movimiento que hacía. La imaginó en la oscuridad, los ojos azules clavados en él. Estaba valorando si debía disculparse cuando ella rompió el silencio.

—Mira, sé que estás muy cabreado conmigo, pero yo no quería que esto ocurriese así. Alguien debió reconocerme en los Alpha... —Juan se mantuvo en silencio, tratando de conservar su dignidad—. Ojalá todo hubiese sido de otra forma, de verdad —María empezó a llenarle de besos por toda la cara—. Tienes que confiar en mí —mejillas, frente, párpados—. Por favor. —Labios.

Juan no pudo resistir más.

Según los registros policiales el autocamión fue detenido en tres controles distintos. Se verificó su ruta programada, su carga y se realizó un

bioescaneo para detectar posibles polizones. Ninguna irregularidad fue detectada y el vehículo robot prosiguió su camino.

---

## 100

**Durante el resto** del año ocupaba el puesto diecisiete, pero cuando llegaba el verano, Levante se convertía en la ciudad más poblada del globo. Según algunos era una de las cinco huellas de la mano del hombre sobre el planeta visibles desde el espacio. Ochocientos kilómetros de largo por cincuenta de ancho de suelo urbanizado junto al mar Mediterráneo, Levante se dividía en siete distritos, correspondientes a las siete provincias que ocupaba, a su vez agrupados en tres zonas: Sur, Centro y Norte. Los rascacielos de los hoteles dominaban la parte más pegada a la costa, y también se multiplicaban en forma de sedes de multinacionales en el interior de la Zona Norte. La parte más occidental de las Zonas Centro y Sur era territorio de innumerables bloques de apartamentos prácticamente idénticos, perpetrados por algún arquitecto carente de sentido de la estética.

Veloces trenes subterráneos de suspensión magnética comunicaban los extremos de la ciudad en tiempo récord, siendo el Paseo Marítimo, construido tras la reordenación posterior a la subida de las aguas, la principal vía de comunicación para los automóviles terrestres. Las leyes anticontaminación respecto a la emisión de gases lograban mantener la atmósfera encima de la ciudad lo suficientemente limpia como para que el sol brillase en verano y atrajese a batallones de turistas asiáticos y centroeuropeos como moscas a una lámpara, pero cada año llegaban inquietantes noticias sobre avistamientos de criaturas marinas mutadas cerca de las playas, cuentos de ecologistas radicales, según el concilio local.

Un rayo de sol esquivó la vigilancia de las persianas y despertó a Juan. Sus ojos se acostumbraron rápidamente a la penumbra de la habitación, decorada de forma austera. Un armario junto a la puerta, una silla llena de prendas tiradas de cualquier manera y una camilla a cada lado de la cama de matrimonio no lograban dar la impresión de un dormitorio acogedor.

María aun dormía y Juan se quedó embobado contemplándola, observando el tatuaje de su hombro. Intentó recordar todo lo que le había ocurrido durante el fin de semana más intenso de su vida,

cuestionándose la decisión que había tomado. Jamás volvería a ver a su familia ni a sus amigos. Nunca llevaría una vida normal, siempre huyendo, metido en una lucha que aun no comprendía muy bien. Al menos estaba María. Junto a ella se sentía extrañamente feliz y confiado, capaz de hacer cualquier cosa. Era lo único a lo que podía aferrarse ahora y necesitaba creer en ello.

Se desperezó y comenzó a vestirse en la penumbra, tratando de hacer el menor ruido posible para no despertarla. El pequeño apartamento tenía otra habitación, una pequeña cocina y un salón, en el que encontró a Luis tumbado en un sofá viendo la televisión.

—¿No eres algo mayorcito para ver dibujos animados?

—Son bastante más realistas que los telediarios. ¿Tú no eres muy joven para gastar tanto en condones?

Juan se acercó a la ventana, activando la célula fotoeléctrica. La persiana se descorrió haciendo que el ojo de Luis emitiera un pequeño ruidito al ajustarse a la nueva intensidad de luz. La mañana era limpia y despejada y se podía intuir el mar tras el bosque de complejos hoteleros.

—¿Hubo algo entre vosotros?

—¿Cómo?

—María y tú...

—¿Quieres hacer una competición sobre quién la hacía gritar más o qué?

—Bastante tengo con lo de los últimos días como para encima desconfiar de ti. He visto como la miras y...

—¿Pelea de gallitos y no me habéis avisado? Vaya dos... —María estaba apoyada en el marco de la puerta, vestida únicamente con una camiseta de una marca de cerveza que le llegaba hasta los muslos— ¿Qué sabes de Walter y Yu? —preguntó a Luis.

—Llegaron ayer por la noche. Te hubiera avisado, pero estabas muy ocupada.

—¿Duermen?

—No --Luis se incorporó, pasando de tumbado a sentado, procediendo a rascarse sin pudor los genitales—. Se han ido al garaje a montar las cosas.

—Me ducho y vamos a verlos. ¿Puedo dejaros solitos sin que os liéis a hostias?

—Mejor llévate al novato a la ducha. Empieza a oler.

—No tiene otra ropa que ponerse, salió con lo puesto. Y me temo que mi talla no le vale.

Luis tenía solo un ojo capaz de transmitir emociones, y si alguien le hubiera preguntado a Juan, felicidad por la idea no era precisamente la que aparecía en él.

El garaje era un pequeño local situado en la parta baja del edificio. El dueño creía que se lo había alquilado a un grupo de música para que ensayaran, pero el lugar donde debería haber amplificadores y guitarras eléctrica estaba ocupado por monitores de ordenador antiguos, CPUs oxidadas y periféricos desfasados, junto a un par de modernos equipos de conexión a la red a medio montar. De la parte baja del asiento de uno de ellos salían las piernas de alguien que trabajaba en su interior, mientras una hispanoasiática morena y menuda, verificaba datos en una pantalla. Juan meneó la cabeza, sentía siempre desazón cuando se encontraba cerca de góticos como Yu.

—¿Qué tal va? —preguntó María.

—Ya hemos preparado el cortafuegos y todo lo necesario para que las alarmas no empiecen a sonar en cuanto nos conectemos. En unas tres horas estaremos operativos —se quitó el pelo de la cara y reparó por vez primera en Juan—. ¿Quién ha disfrazado de payaso al nuevo?

El comentario no resultaba desacertado. Puede que a Juan le gustase la ropa amplia, pero lo que le había dejado Luis rozaba lo ridículo. Se había tenido que arremangar hasta el codo la sudadera de boxeador para poder mover las manos con libertad y el cinturón apenas lograba impedir que los vaqueros se le cayeran al suelo.

—No todos tenemos la misma elegancia natural —comentó Luis.

—Soy Juan, encantado de conocerte.

—A mí me llaman Yu —le dio dos besos en las mejillas—. Y me temo que llevo tres meses cotilleando tu vida, así que es casi como si te conociera. Ése de ahí es Walter —dijo, señalando las piernas—. Somos los encargados de que no os pase lo de ayer. A pesar de lo que parece, no

solemos fallar —añadió, intentando bromear, aunque a Juan no le hizo ninguna gracia.

—Hablando de eso —cortó María—, ¿cómo lograron enterarse de dónde estábamos? Creía que nos habíais borrado de las cámaras de seguridad.

Yu se encogió de hombros.

—Puedo modificar lo que ve una cámara, pero los ojos humanos están más allá de mis posibilidades.

—¿Crees de verdad que alguno recuerda nuestras caras de los carteles de los más buscados?

—Puede que si salen a todas horas en la televisión...

Yu hizo un gesto como de prestidigitadora y señaló hacia uno de los monitores, que se encendió al instante. Una presentadora leía noticias frente a un impersonal fondo azul.

—...tras herir a dos miembros de la policía y varios civiles, los terroristas se dieron a la fuga. Los sospechosos han sido identificados como —la pantalla mostró dos fotos de María y Luis— María Martín Saltzmann y Luis Mendoza Vázquez, supuestos autores materiales de varios atentados en los últimos tres meses. Junto a ellos se encontraba —Juan sintió un escalofrío por la columna vertebral al ver su rostro en la televisión— Juan Rodríguez Smith, miembro no fichado de la banda. Se cree que van armados y son extremadamente peligrosos. Si los ven no duden en llamar...

—¿Quién les pasa nuestras fotos para que las pongan por la tele? Siempre salgo con cara de pardillo... Seguro que con la que le han puesto al novato le sale un club de fans.

—¿Herir a numerosos civiles? ¡¡Si fueron ellos los que empezaron a disparar!! —Juan estaba rojo de ira.

—No te excites, novato. Ya te acostumbrarás al rigor informativo. Los periodistas de este país tienen mucha imaginación.

Juan se sobresaltó al oír la voz metálica e inhumana que contestó a esta afirmación detrás de él:

—Aún recuerdo cuando dijeron que me habían soltado en libertad sin cargos tras interrogarme. Nunca contaron cómo fue el interrogatorio.

Al volverse se encontró a Walter, que había parado de enroscar tornillos. Era un chico bajo, cuya tez y rasgos revelaban a gritos su

ascendencia sudamericana. Donde debía haber una mandíbula Walter tenía una extraña estructura de algún tipo de material plástico que recordaba las fauces de un lagarto antediluviano, un recuerdo de su visita a las dependencias policiales.

—No te tortures recordándolo, cariño —le dijo Yu.

En ese momento alguien dio unos golpes en la puerta. Por la pauta rítmica, Juan no dudó que se trataba de una contraseña. Luis se acercó a abrir mientras el resto le observaban en silencio. Un joven alto y moreno esperaba detrás. Los adornos dorados de su chándal negro brillaban a la luz del sol.

—King East ha oído que habéis vuelto a sus dominios y quiere veros —fue su única frase.

—Me encanta pertenecer a una organización secreta. ¿No crees, novato?

Quince, veinte minutos quizá. Juan no supo cuanto tiempo permaneció con los ojos tapados en aquel coche, sólo que el olor y el calor le hicieron marearse hasta sentir náuseas, y que lo que vio cuando le quitaron la venda no era agradable. Tres hombres altos y musculosos, con pantalones negros y dorados y el torso desnudo que dejaba ver los revólveres que llevaban pillados en el cinturón, guardaban la entrada a un bloque de apartamentos tatuado de pintadas de coronas que Juan reconoció como el símbolo de los Latin Kings. La zona interior de Levante era un paraíso para las bandas, que imponían sus leyes en la zona que dominaban y regaban de sangre el asfalto de la que dominaba el rival. La policía los dejaba en paz siempre y cuando dejaran tranquilas las playas y centros turísticos, que junto con las iglesias eran los santuarios de la guerra entre los nuevos Montescos y Capuletos.

Un grupo de niños jugaba en la carretera, junto a la tapia de la sede de los Latin Kings. Uno de ellos se acercó al grupo e hizo el gesto de ametrallarlos con las manos, algo que quizá repitiese contra una banda rival con un arma de verdad en unos pocos años. Uno de los tres hombres se acercó a regañarle y el niño salió corriendo fuera de su alcance.

—King East nos espera —dijo el del chándal al guarda, mostrando tres dedos en forma de corona como saludo.

El otro saludó con la mano de la misma manera, asintió sin decir nada y abrió la verja, dejándoles paso franco al interior de la finca, en la que varios Latin Kings haraganeaban bajo la luz del sol. Atravesaron unos setos descuidados hasta llegar a la puerta del bloque de apartamentos, la torre del homenaje del castillo de la banda. Un nuevo guardia les cacheó para comprobar que no llevaban armas. Juan sintió deseos de estrangularlo cuando se demoró excesivamente en ciertas partes de la anatomía de María.

Tras atravesar el destartado vestíbulo en penumbra, subieron en un ascensor antiguo que ni siquiera tenía puertas correderas interiores y mostraba las firmas en los azulejos entre piso y piso de sus antiguos ocupantes. Las bombillas del pasillo de la última planta parpadeaban y una de ellas emitía un sonido que parecía indicar que iba a explotar de un momento a otro. El del chándal se detuvo frente a una de las desvencijadas puertas, la golpeó con una mano.

—Adelante —se oyó decir a una voz enérgica que provenía del interior de la habitación.

María, Juan y Luis entraron mientras su chofer esperaba fuera. La estancia era una extraña mezcla de decorado de película pornográfica y barraca de feria donde a uno le leían las cartas. Dos mulatas desnudas estaban tumbadas en una cama con forma de corazón de sábanas rosas, rodeada por cortinas a juego. Iconos de vírgenes y santos iluminados por velas se encontraban desparramados por encima de armarios y cómodas. Un latino alto, vestido con un albornoz negro y dorado se servía un vaso de ron de una botella que acababa de sacar del mueble bar. Era la primera vez que Juan veía a King East, corona suprema de los Latin Kings de Levante.

—¿Te pillamos en mal momento? —preguntó María, burlona.

—Siempre es buen momento para verte, mi amor —el acento lo delataba como descendiente de cubanos. Aunque los Latin Kings habían comenzado como un club social de puertorriqueños en 1930 en Chicago, sus miembros eran hoy de toda Iberoamérica—. Aunque tú no pienses lo mismo... Me tienes roto el corazón, mi amor...

—Por suerte siempre encuentras consuelo... —comentó María observando a las dos chicas de la cama que miraban al cubano con cara lasciva.

—Es como beber agua cuando se tiene hambre, puede llenarte el estómago, pero no te alimenta —al reírse de su ocurrencia, King East mostró varios dientes de oro.

—Menos gilipolleces y al grano. ¿Para qué querías vernos?

—Eso es, mami, primero los negocios y luego el placer. Una putadita lo que os hicieron en Madrid, mucha atención...

—¿Y eso te molesta?

—Seré sincero. La policía no sabe todo lo que nosotros sabemos, pero si se corre el rumor de que los peligrosos terroristas se encuentran en la ciudad...

—¿Estás chantajeándome?

—Mi amor, ¿cómo puedes pensar eso de mí? Luchamos los dos contra el malvado opresor, tenemos que ayudarnos unos a otros. Yo te ofrezco mi ayuda para que no os descubran y a cambio tú...

—Yo...

—Algo muy simple, mamita. A uno de nuestros chicos le robaron la chavala. Un puto ñeta. Muy triste. El chaval se calentó y se tomó su justa venganza, pero la pasma lo trincó. Su familia depende de él, no queremos que sus pobres hermanos pequeños acaben en la calle...

—Muy triste, es cierto. Pero no sé qué podemos hacer por esa pobre familia.

—Bueno... La única prueba es un vídeo de una cámara de seguridad que está en el ordenador del fiscal... Si algún experto en ordenadores lo borrase...

—¿Tú estás zumbado o qué? —saltó Luis— ¿Quieres que nos metamos en el juzgado y pirateemos el ordenador de un fiscal? ¿Por qué no vamos exhibiéndonos por la calle? Un cartel que ponga, "soy un terrorista, disparadme", estaría bien.

—Mira tú por donde... El perrito sabe ladrar... —King East se acercó a Luis, amenazador. Si hubiese un combate el resultado sería incierto, pero Juan sabía que no saldría con vida del edificio en cualquier caso.

—Sooooo... —María se interpuso entre los dos— ¿Todos los hombres creéis que el tamaño de vuestras pollas es directamente proporcional a lo machitos que os ponéis o qué? Tú —señaló a Luis—, calladito ahí detrás sin chistar. Y tú —se giró hacia King East—, si un montón de polis ven a tres

personas entrando en un juzgado y disparando a todo quisqui, ¿no crees que sospecharán algo? No pretenderás que entremos a capón...

—Yo...

—¿Cuándo es el juicio?

—Dentro de dos semanas, el martes.

—Tu chico saldrá libre, pero nos tendrás que dar algo a cambio. Ya hablaremos tú y yo.

Luis refunfuñó apoyado en la pared. Juan casi se desmayó.

—¿Crees que es una buena idea?

María estaba sentada con los pies encima de una gigantesca mesa de reuniones de madera oscura. Varios cuadros fijos tapizaban la habitación junto a un montaje móvil en el que se veía un rascacielos derrumbándose. Juan se detuvo frente a un lienzo que representaba un hombre gritando y agarrándose la cabeza, con un rictus de desesperación en la cara.

—En realidad es una oportunidad que llevábamos tiempo esperando, Juan, no te asustes.

—Pues Luis no parecía muy contento...

—A Luis le falta visión de futuro —dijo alguien que Juan no conocía—. ¿Te gusta Edvard Munch, hijo?

—Yo... —balbuceó Juan.

Al hombre le rodeaba el halo de luz fosforescente que indicaba que acababa de entrar al host. De edad indefinida, podría tener igual 35 que 50 años. Tanto el pelo como el bigote empezaban ya a encanecer pero la expresión dura y la mirada decidida le conferían el aspecto de uno de esos perros de presa que cuando han cerrado las mandíbulas no las abren hasta que o mordedor o mordido mueran. Su sola presencia infundía respeto y hasta María retiró los pies de la mesa, como una niña a la que hubiesen pillado haciendo una travesura cuando le dirigió una mirada reprobadora.

—Tú debes de ser Juan, supongo —le tendió la gigantesca mano. Juan hizo lo propio, intentando mostrar el mayor aplomo posible.

—Así es, señor.

—A mí me suelen llamar el Coronel —esbozó una sonrisa—. Siempre es agradable conocer nuevos reclutas en nuestra lucha.

—Todo un honor conocerle, señor. He oído muchas cosas sobre usted.

—Sólo espero que no te hayas creído todas. Especialmente las que contaba la televisión.

Juan se quitó un peso de encima. Se sentía igual que si su suegro le acabase de conceder la bendición para casarse con su hija. El Coronel se sentó a la cabecera de la mesa y le hizo a Juan un ademán con la mano para que lo imitase. El host quedó en penumbra y un brillante modelo 3-D del edificio de los juzgados de Levante surgió de la mesa.

—El despacho del fiscal que lleva el caso del latin king está en la planta vigésima. Borrar el archivo será un juego de niños si conseguimos desconectar las cámaras de seguridad —explicó el Coronel.

—¿No podría hacerse desde Internet? —sugirió Juan

—Es prácticamente imposible piratear su sistema desde fuera —replicó María—. Sabueso empezaría a ladrar como un loco en el momento en el que nos oliese. Además, si pudiésemos acceder desde la Red, simplemente lo borraríamos sin movernos del garaje.

—Lo que no entiendo es por qué nos tomamos tantas molestias en ayudar a un criminal a escapar de la cárcel. Además, seguro que tienen copias de seguridad del puto vídeo.

—En realidad no nos importa lo que le pase. Lo de fingir que simplemente nos hemos dedicado a borrar un vídeo es una tapadera.

—Nuestro objetivo es desconectar a Sabueso —sentenció el Coronel.

---

## 101

**Juan se sentía** como una rata de laboratorio metida en un laberinto, recorriendo el dédalo de túneles que conformaban el sistema de aire acondicionado de los juzgados de Levante. Izquierda, izquierda, luego derecha, recorriendo el camino previamente memorizado sobre el plano.

—Tres minutos —anunció el reloj de pulsera.

—Gracias por recordármelo, joder.

Hacía 180 segundos que Luis había cortado la luz en esta y otras tres manzanas y 180 segundos después todos los sistemas de seguridad se iban a reiniciar, gracias a la energía del generador auxiliar autónomo. Antes de que eso sucediera Juan tenía que haber insertado el dispositivo que le había dado Walter en el cable principal de las cámaras de seguridad. Si no llegaba a tiempo, Yu y María iban a verse en serios problemas.

El mundo se veía raro con las gafas de visión nocturna, una película antigua que había cambiado los blancos y negros por tonalidades de verde fantasmagórico. Si Juan hubiese visto un fantasma surgir de las paredes del tubo no habría gritado. La banda sonora estaba compuesta por su propia respiración que reverberaba hasta alcanzar volúmenes insoportables. Probablemente hasta la vecina sorda del piso de enfrente hubiese oído su corazón latir si hubiese prestado atención. O quizá solo era que los nervios le estaban volviendo paranoico.

Reptaba a toda velocidad, un parásito en el aparato respiratorio del edificio, y todos los gérmenes terminan encontrando una de las defensas del sistema inmunitario. En el caso de Juan, una esfera voladora robot equipada con una ametralladora calibre 9 mm.

La luz de la luna entraba por la ventana y a Juan le pareció más hermosa que nunca. Su mano recorrió cada rincón de su piel desnuda, apreciando la suave textura, la perfección de sus curvas en los lugares adecuados. Ella sonreía, disfrutando la caricia y Juan quiso ahogarse en el mar de sus ojos azules.

—¿María, puedo preguntarte una cosa?

—Sí, cariño. Has estado formidable.

—No me refería a eso... Alguna... —Juan no sabía si no era capaz de encontrar las palabras o si temía la respuesta—. ¿Alguna vez has matado a alguien?

—¿Tengo cara de asesina?

—Tampoco tienes cara de terrorista buscada por la policía.

—El Coronel no permite que usemos fuerza letal, sólo armas aturdidoras, aunque algunos...

—Algunos...

—Algunos creen que eso es un error y que nos deja en inferioridad de condiciones con respecto a la policía.

—¿Luis, por ejemplo?

María no respondió.

La esfera cayó inerte al suelo, con los sistemas internos colapsados, una décima de segundo después de que Juan lanzase la granada. Nunca había pensado qué hacer con su cuerpo cuando se muriese, pero desde luego no quería un tubo de aire acondicionado como ataúd. A pesar de los temblores que le sacudían el cuerpo, continuó avanzando con decisión por los túneles, hasta llegar a un cruce. El nuevo tubo descendía una altura de unos siete metros y recorría una distancia similar hacia arriba.

Juan se puso los guantes electroimán, pegó una mano en la pared y apretó un botón en el lateral de sus botas. Comenzó el descenso al tubo, adhiriéndose a la pared. La rata se había convertido en araña.

—Dos minutos y medio —anunció el reloj.

Cayó al suelo de espaldas. Tenía el cuerpo empapado en sudor y ganas de vomitar. Una risotada se oyó unos metros más allá.

—Vamos novato, ¿no lo sabes hacer mejor?

Juan se levantó de un salto y se limpió la sangre de los labios, bajo la atenta mirada de Luis. Por lo menos habían cerrado el gimnasio y ningún latin king le había visto hacer el ridículo. Luis se acercó con la guardia levantada, los puños vendados cubriéndole la cara. Sus movimientos le recordaron a Juan los de aquel boxeador que tanto le gustaba ver a su padre en las viejas grabaciones, ése que bailaba más que peleaba. La verdad es que Luis hablaba tanto como él.

—Las artes marciales son muy chulas de ver, novato, pero ahí fuera no se van a quedar de brazos cruzados mientras tiras patadas guays, ni van a ir de uno en uno respetando las normas de una federación internacional. Hay que jugar más sucio que ellos.

Le tiró dos *crochets* rápidos que Juan esquivó sin problemas, aunque no pudo evitar un gancho de izquierdas que le hizo tambalearse. Sabía que estos eran los golpes primeros, que lo peor aun estaba por venir.

—Seguro que eres de esos que nunca se meten en peleas —Luis le había acorralado en una esquina del ring y lo estaba asfixiando con una colección de puñetazos, cabezazos y patadas a los gemelos impresionante. Estaba a punto de caer al suelo—. De esos que ven como le están pegando una paliza a sus amigos y no mueven un dedo para ayudarlos.

La mención de sus amigos hizo saltar un resorte en el cerebro de Juan. Quizá nunca más viese a Alí, al Gitano o a Dominik, puede que incluso ahora estuviesen muertos después de haber sido torturados por la policía. Y todo por su culpa. Cargó ciego de rabia contra Luis, dispuesto a partirle huesos de los que no conocía ni el nombre.

El impacto contra el suelo le hizo sangrar la nariz, aunque lo que más resentido quedó fue el orgullo. Luis se puso en cuclillas al lado suyo.

—Una zancadilla es muy marrullera, pero siempre es efectiva —a pesar de su pretendida superioridad su respiración acelerada demostraba que estaba exhausto—. Jamás dejes que tu contrincante gane la guerra psicológica. Si pierdes la concentración, pierdes el combate.

Sin saber muy bien cómo se encontró agarrando a Luis del cuello de la camiseta con los ojos inyectados en sangre.

—Escúchame, cabrón —la voz sonaba tranquila y calmada, mucho más amenazadora que si hubiese gritado—. Si vuelves a mencionar a mis amigos te juro por la tumba de mis abuelos que te mato.

Vuelta otra vez a arrastrarse. Le empezaba a doler la espalda de la incómoda posición en la que se encontraba, pero apretó los dientes y siguió adelante. El sonido de una conversación llegó a sus oídos. Probablemente venía de uno de los servicios. Los dos guardias discutían animadamente. Avanzó más lentamente, intentando hacer el menor ruido posible.

—Los tenéis comprados a todos. Si eso fue penalti que baje Dios y lo vea.

—Claaaaaaaaaaaaaro. Nunca se equivocan a nuestro favor. Lo de Liverpool fue gol legal, no había fuera de juego.

—¡Venga ya! Por cada vez que se equivocan a nuestro favor, diez lo hacen a favor vuestro.

—Vamos, que cuando fallan y el error os favorece es porque son humanos y pueden equivocarse, pero si nos benefician a nosotros es todo parte de una conspiración secreta que intenta impedir que ganéis una EFL.

—Faltan dos minutos.

Juan empezó a sudar. Igual que él oía a los guardas perfectamente, sin duda ellos habían percibido el aviso de su reloj. Si llegaran a dar las alarmas, los túneles se llenarían de gas y moriría asfixiado.

—¿No has oído eso?

—No intentes cambiar de tema, chaval.

—Te juro que he oído algo.

—Sí. Al presidente de tu equipo llorar por los pocos penaltis que le pitan a favor. ¿Es que sois incapaces de aceptar simplemente que somos mejores? Siempre es porque tenemos al árbitro comprado, nunca porque metemos más goles que el resto...

Juan salió disparado túnel arriba, perdiéndose el final de la conversación.

Hay voces hipnóticas, llenas de razón, voces de líderes capaces de guiar a las masas. Y el Coronel tenía una de esas voces. Juan lo seguía por una inmensa galería llena de fotografías, vídeos y retratos de hombres barbados. Rostros duros de guerrilleros de tiempos pasados.

—Créeme cuando te digo que lamento profundamente todo lo que has pasado. Sabemos que es duro, pero es mejor para todos que no estés cerca de tu familia ahora mismo. En esta sociedad eres culpable hasta que se demuestre lo contrario, y tus padres y tu hermana no hubiesen querido ni siquiera oír la otra versión de los hechos.

Juan caminaba un paso por detrás de él, tratando de absorber cada palabra que pronunciaba, fijando cada sílaba en su memoria. De alguna

manera le parecía estar viviendo un momento histórico, un instante que merecía la pena recordar.

—Es triste darse cuenta de lo que han hecho con la democracia en este país. Todo el que no piensa como la masa es demonizado, pero los medios de comunicación se encargan de que pocos lleguen a ese estado, dedicando media hora a elevar a los altares a deportistas analfabetos y drogadictos, cantantes no tan analfabetos pero sí más drogadictos y mencionar de pasada los genocidios en África. En realidad no es culpa de la gente, ellos solo creen lo que les cuentan.

—Supongo que es mucho más fácil.

—La humanidad ha llegado donde ha llegado porque los grandes genios no se quedaron sentados, Juan. Ellos también fueron señalados con el dedo, condenados al ostracismo y a otras cosas peores, solo por disentir, pero al menos a Galileo nunca le culpabilizaron por la muerte de otros rebeldes —durante un instante el Coronel se perdió en sus recuerdos—. Mira, hijo, he sido soldado y he visto la muerte demasiado de cerca, lo suficiente como para darme cuenta de que nadie la merece por otra causa que no sea la natural.

—¡¡Pero tendremos que defendernos de los ataques!!

—Por supuesto, pero nunca matando. Si lo hiciéramos, no seríamos mejores que nuestro enemigo.

Si Juan no había calculado mal, el cable maestro debía estar al doblar aquella esquina. Después del susto de los guardias, el corazón de Juan se había normalizado gracias a los ejercicios de respiración que le había enseñado Yu, pero los nervios no habían cesado. La parte más complicada aun no había pasado, y el tiempo jugaba en su contra. Aferró instintivamente la pequeña bolsa que tenía colgada al cuello. Las herramientas y el aparato emitieron un ligero tintineo al chocar.

—Queda minuto y medio.

—Sí, sí, ya sé...

Era difícil atender a la explicación de Walter, no por complicada, sino porque su voz artificial producía un sentimiento de desasosiego en Juan. No era solo el timbre, aséptico e impersonal, era la ausencia total de modulaciones

lo que producía miedo. Era imposible distinguir si Walter estaba alegre o triste, quizá era por eso que no prefería hablar mucho.

—Cuando vuelvas a empalmar los cables las cámaras repetirán indefinidamente el bucle de 4 segundos. Aunque una estampida de rinocerontes pasase por el despacho en la sala de control solo se vería una habitación vacía.

—¿No hay otro tipo de protecciones? ¿Detectores de calor o algo?

—No vamos a entrar en el Banco de España, solo en el despacho de un fiscal. La idea es que ellos mismos propaguen la infección dentro de los típicos correos pornográficos que se pasan los funcionarios. En cuanto Sabueso abra uno de ellos, se volverá totalmente loco y dejará de ser operativo. Los correos de la intranet del estado tienen un filtro de seguridad mucho menor, después de todo, ningún funcionario va a mandar un mail subversivo desde su ordenador. Si hiciéramos esto mismo desde fuera nos merendaría en un instante.

De puro suicida parecía posible. A nadie se le iba a ocurrir que los Unicornios Rojos iban a introducirse en un edificio oficial, infectar un ordenador y salir.

—Walter...

—¿Sí?

—¿Cómo acabaste aquí? ¿Por qué te uniste a los Unicornios Rojos? — durante cinco segundos un tenso silencio fue la única respuesta—. No tienes que contestar si no quieres... —balbuceó Juan al observar la reacción.

—No me gusta hablar mucho de ello, pero entiendo que quieras saberlo. Nuestra vida depende de los compañeros ahí fuera, ¿no? —A Juan le pareció que sus ojos brillaban—. Mi... mi novia y yo fuimos a una manifestación después de que mi empresa cerrase. El cabrón del dueño se fugó con toda la pasta, dejando a cinco mil personas en el paro de un día para otro y sin derecho a indemnización ninguna. Lo único que recuerdo es una carga policial y luego caer inconsciente, y una visita a una habitación blanca en la que me pegaron y me pidieron que confesara cosas horribles que no había hecho. Al final me dejaron libre, pero ya era tarde para curar algunas heridas, y no tenía dinero para injertos de células madre. Pero lo peor vino después. Me enteré de que Alicia, mi chica, estaba en coma, y que el bebé que esperábamos había muerto. Supongo que algún

antidisturbios pensó que una embarazada de ocho meses era un peligro potencial —Walter hizo una pausa, Juan no sabía qué decir—. Estaba desesperado. Me habían destrozado la cara, habían matado a mi hijo y el doctor dijo que si Alicia no moría tendría que vivir el resto de su vida como un vegetal. Cogí una escopeta y salí a la calle dispuesto a disparar al primer madero que viera. Por suerte María estaba allí, y me frenó antes de que hiciese una locura.

—Lo siento mucho... ¿Sabes algo de Alicia? Quizá haya mejorado...

—Desconectaron la máquina que la mantenía con vida hace más de un año. El hospital no tenía espacio para nuevos enfermos.

La lágrima brillaba a la luz de las bombillas en su lento descenso por la mandíbula artificial de Walter.

—Un minuto.

Las tijeras se le resbalaron de las manos. Juan blasfemó en voz baja. Había llegado en el tiempo previsto, pero aquello se le estaba atragantando. Nunca había sido muy habilidoso con las manos, y que estuvieran sudadas no ayudaba. Las recogió del suelo y trató de cortar el cable maestro por enésima vez. A pesar de los temblores producidos por los nervios, las capas de plástico y fibra óptica terminaron cediendo. Era el turno ahora del cilindro metálico. Los dedos de Juan trataron torpemente de anudar los cables con las conexiones del dispositivo en una frenética carrera contrarreloj. Gruesas perlas de sudor le recorrían la frente.

—Treinta segundos.

Se negó a tirar la toalla y siguió empalmando como poseído, aunque en su fuero interno sabía que había fracasado. Las sirenas de alarma que parecían salir de todas partes simplemente lo hicieron oficial. Iba a morir allí, la misión había fallado por su culpa y lo más probable es que los Unicornios Rojos no volvieran a tener una oportunidad igual de desconectar a Sabueso. La única esperanza era que María y Yu aun podían salir con vida de la trampa mortal en la que se había convertido el edificio de los juzgados de Levante.

Juan lanzó el casco de conexión al suelo y se quitó los electrodos con rabia. Había estado tan cerca de lograrlo... Quizá si se hubiera concentrado más en

lugar de pensar tanto en las musarañas no se habría atascado con el cable. No había excusa, tenía que haber estado mucho más atento durante la explicación de Walter. Escupió al suelo.

—Impresionante para ser la primera vez que lo intentas —Yu parecía moverse etérea por el garaje, un animal en su territorio natural.

A Juan le recordó los vampiros con los que se solía enfrentar en los videojuegos. No hacía tanto tiempo y al mismo tiempo le parecía que habían pasado años desde la última vez.

—No lo suficientemente bueno —Juan bebió un sorbo de una lata de colores brillantes.

Walter había trucado la máquina para que los ejercicios que se hiciesen en la realidad virtual fuesen equivalentes a los del mundo real y Juan estaba exhausto. Su abdomen subía y bajaba a toda velocidad mientras su corazón latía a casi ciento ochenta pulsaciones por minutos

—No comprendo cómo podéis confiar en un novato como yo.

—Si quieres te damos el puesto de Luis y te enfrentas a los guardias de la central eléctrica. Porque sin saber conducir me temo que Walter no te va a ceder su puesto en el coche para la huída... —Yu le removi6 el pelo como si acariciase a un perro, haciéndole sonreír—. Y reaccionaste como un veterano con los dos guardias.

—Menos mal que cuando esté de verdad allí dentro no llevaré el reloj. ¿Cómo se te ocurrió eso? —Juan se secó la cara con una toalla que había conocido tiempos mejores y miró la ropa que habían comprado para él los sicarios de King East, dudando si ponérsela o no.

—Los dos latin kings que trajeron las cosas estaban discutiendo sobre fútbol y decidí copiarles la conversación. Nunca seré capaz de comprender como os puede gustar un juego en el que 22 tipos persiguen una pelota de cuero.

—En realidad yo lo odio. Antes, cuando no estaba permitido el dopaje, era bastante más divertido. En lugar de correr de un lado para otro como locos, se dedicaban a hacer jugadas bonitas. ¿Volvemos a intentarlo?

—Pero si acabas de... —Yu observó los ojos de su compañero y supo que discutir no tenía ningún sentido—. En fin, tú mismo, vamos allá.

---

## 110

**Los gritos de** los jóvenes que bebían sentados en corro tapaban el sonido de las olas al romper contra la costa. Aquí y allá las botellas de vidrio cambiaban de mano y los grandes vasos de plástico se llenaban de hielo, alcohol y refrescos para luego ser vaciados en el interior de gargantas adolescentes. Entre los grupos podía distinguirse a parejas besándose tumbadas en la arena. Bajo la luz de la luna y las brasas de cigarrillos de tabaco y marihuana, la siguiente generación de habitantes de Levante se divertía en la playa.

Aunque el mar traía una brisa fría, María estaba en manga corta, caminando con los brazos cruzados sobre el pecho. Juan iba a su lado, en silencio, caminando con dificultad sobre la arena, intentando conseguir que ni un solo grano entrase en sus zapatillas. Faltaban veinte horas para el comienzo de la operación y cualquier frase parecía fuera de lugar

Alguien empujó a Juan por la espalda y le hizo caer al suelo. Dos borrachos se habían enzarzado en una pelea, probablemente al considerar uno de ellos que el otro le había mirado mal o por cualquier otra excusa que justificase la bronca que ambos andaban buscando. A Juan le hubiese gustado probar los conocimientos que Luis le había enseñado, pero no era el momento adecuado para hacerse notar. Se levantó, escupió la arena que le había entrado en la boca y se limpió la cara.

—¿Estás bien? —se interesó María.

—Cojonudo —Juan tuvo una arcada—. Me cuesta creer que mañana me voy a jugar el pescuezo por tipos como esos.

María sonrió y le ayudó a levantarse. Se alejaron de la pelea cogidos de la mano. Las luces de los hoteles cercanos impedían ver las estrellas, y Juan se dio cuenta de que nunca las había contemplado en la realidad, sólo en películas y videojuegos. Sin saber muy bien por qué, se sintió muy insignificante en ese momento.

—Te noto raro —le dijo María en el oído, y le besó suavemente en la mejilla.

—Puede que mañana estemos todos muertos, María. No estoy raro, estoy hecho una mierda.

—Precisamente por eso deberíamos disfrutar de esta noche como si fuese la última —María le besó en la boca. Sabía a mar y a libertad.

—¡¡Noventa y siete canales y en todos mierda!!

El mando a distancia chocó contra la pantalla en la que se podía ver a una chica comentando detalles íntimos de su relación con un conocido cantante. Yu miró a Luis con reprobación.

—¿Y si calmamos un poquito los nervios? —le regañó

Luis se levantó como un rayo y Yu temió durante un momento que le fuese a pegar, pero Luis comenzó a pasear por la pequeña habitación como un animal enjaulado, hasta que se puso mirar por la ventana, resoplando ruidosamente.

—¿Cómo coño voy a calmarme si me siento como un cordero al que llevan al matadero? —se volvió y señaló con un dedo a Yu—. Sabes de sobra que lo de mañana es una locura, que ninguno vamos a salir de allí.

—Hasta ahora ni María ni el Coronel nos han fallado. Nunca —repuso Walter—. Seguro que saben lo que hacen.

—Yo empiezo a dudar de eso... Últimamente han pasado cosas muy raras. Lo de Andrés, la movida del centro comercial... —Luis meneó la cabeza— ¿Es que no os dais cuenta?

—A lo mejor es que tienes celos del nuevo —replicó Yu, mordaz—. ¿No será que te molesta que María le prefiera a él?

Yu lamentó haber dicho aquella frase justo en el momento de haberla acabado. El portazo que pegó Luis al salir retumbó en todo el pequeño apartamento.

—A lo mejor me he pasado un poco.

—A lo mejor al gilipollas le molesta que le digan la verdad a la cara —contestó Walter—. Cambia ese programa que me está poniendo de los nervios.

El plató cambió y donde antes había una mujer con gran escote apareció un presentador impecablemente vestido, desgranando las noticias:

—...Alí Hassan Rodríguez y Javier Rey Ibáñez han sido puestos en libertad por falta de pruebas esta mañana. No se ha podido probar su supuesta connivencia con los Unicornios Rojos...

El reloj digital de la pared marcaba las cuatro y treinta y dos con grandes dígitos rojos cuando Luis volvió al piso. Atrás quedaban tres horas conduciendo por la noche de Levante a ritmo de guitarras pesadas, intentando que su furia se consumiese como el hidrógeno que hacía moverse al automóvil.

El ojo biónico chirrió al adaptarse a la penumbra del interior, permitiéndole esquivar el mobiliario y alcanzar el pasillo sin encender ninguna luz. Lo cruzó en silencio, ignorando los gemidos que salían de la habitación de Juan y María hasta llegar a la cocina. Una vez allí, abrió la nevera, tomó un pedazo de queso y un poco de pan y un cuchillo de los cajones y se dispuso a cenar.

Cuando terminó, sacó su cartera del bolsillo trasero del pantalón y extrajo una foto tamaño carné de su interior. Un hombre cuyo pelo comenzaba a canear, vestido con un traje oscuro aparecía sonriente en ella. Luis lloró por el único ojo que podía hacerlo.

—Siento el retraso, señor.

El Coronel estaba apoyado en la barandilla del mirador del glaciar, vestido con un traje blanco impoluto. Las lentes espejadas de sus gafas reflejaron la figura de María cuando se giró.

—¿Qué ha pasado? —preguntó— ¿Por qué me has llamado?

María se rascó la cabeza, indecisa.

—Es... Luis, señor. Últimamente está muy extraño.

—¿Extraño?

—Está incluso más rebelde que de costumbre. No para de protestar por la decisión del asalto.

—Entiendo... ¿Crees que puede hacer peligrar el plan?

—No... —María titubeó—. Supongo que no. Por mucho que se queje es incapaz de dejarnos en la estacada. Puede ser un gallito, pero es demasiado noble para hacer eso.

El Coronel siguió el vuelo de un ave con la mirada, durante unos incómodos segundos. María esperaba en tensión.

—Nos arriesgaremos —dijo el Coronel al fin—. Continuaremos sin cambiar nada.

—Comprendido, señor. Espero no haberle molestado.

—En absoluto y, María...

—¿Sí?

—Espero que no te hayas encariñado demasiado con Juan. Nunca se sabe lo que puede ocurrir mañana y, en cualquier caso, nuestra causa está por encima de todo lo demás.

Un gigantesco trozo de hielo se desprendió del glaciar. Era su propio host, pero a María siempre le sobrecogía la silenciosa caída hasta el lago. El viento desordenó su pelo, mientras cantaba una melodía triste. Sin despedirse el Coronel se dirigió al óvalo de luz azulada que había surgido de la nada.

Joan Arnau abandonó su despacho a las ocho cuarenta y siete de la tarde, algo más temprano de lo habitual. Aquella noche había quedado con su mujer en un restaurante del Paseo Marítimo y se sentía feliz y optimista. A pesar de las advertencias de sus amigos el día de su boda, su vida de casado estaba resultando enormemente satisfactoria. Saludó al guardia jurado de la puerta y se encaminó al ascensor, que lo depositó medio minuto después en la planta baja. Sorteó la inmensa estatua abstracta de hierro rojizo del vestíbulo y salió por la puerta principal.

El calor del exterior le golpeó como un puño candente, forzándole a quitarse la chaqueta. El Sol descendía en una enorme bola de fuego rojo hacia el horizonte, hiriéndole los ojos. Cruzó con cuidado la avenida atestada de coches, rumbo a la estación subterránea de trenes magnéticos. El ayudante del fiscal no se fijó en la vieja camioneta Opel con el anagrama de un empresa de limpieza en los laterales ni en el hombre de mandíbula artificial que se sentaba en el asiento del conductor.

Walter sacó su teléfono móvil del bolsillo y transmitió el mensaje:

—La rata ha abandonado la madriguera. Cielo abierto.

Un cabezazo y dos puñetazos fue lo único que necesitó Luis para desembarazarse de los dos guardias uniformados que vigilaban el generador del edificio. Luis introdujo la tarjeta de memoria que le había dado Yu en la terminal y esperó nerviosamente a que el programa descifrara las contraseñas de suspensión de servicio eléctrico.

Se sorprendió a sí mismo mordiéndole las uñas y el recuerdo de su padre regañándole cuando le veía hacerlo le ensombreció el gesto. Un pitido le sacó de su ensimismamiento, anunciándole que la intrusión había tenido éxito. Se dirigió a la puerta y se preparó para salir del edificio.

A medio camino pareció pensarlo mejor, se volvió y cogió una semiautomática plateada de la pistolera de uno de los guardias noqueados. La sopesó en la mano, y la encontró más pesada de lo que creía. Se la guardó en el pantalón y se dirigió nuevamente a la salida.

—Mucha suerte, novato —murmuró—. La vas a necesitar.

Juan creyó que todo había acabado cuando se cruzó con el policía uniformado, pero el uniforme verde de limpiador y la máquina enceradora surtieron efecto. Sintió la adrenalina recorrer todo su sistema circulatorio y supo que era ese momento o ninguno.

Entró a los baños, frasco en mano, simulando que hacía su trabajo, y se encerró en una de las cabinas. Dentro de la cisterna del retrete encontró el artefacto de Walter, previamente depositado allí por un sicario de King East, así como una bolsa con un destornillador eléctrico, unos tijeras y los guantes electroimán, todo ello convenientemente sellado para evitar la humedad.

—Vamos allá —dijo, y suspiró.

La rejilla de ventilación del techo marcaba el inicio del camino que tantas veces había ensayado los días anteriores. La diferencia era que esta vez Yu no reiniciaría el programa si algo fallaba.

El guarda bostezó, aburrido. Odiaba el turno de noche, le rompía totalmente el ritmo de vida. Él era de los de acostarse a las doce y levantarse a las siete para ducharse antes de ir a trabajar. Además, no podía ocurrírsele un cometido más estúpido. En aquel maldito edificio nunca pasaba nada.

El ruido de la enceradora que pasaba una empleada de la limpieza le acunaba como la más dulce de las nanas, haciendo que sus párpados se cayeran solos. El cloroformo que María le forzó a inhalar de un pañuelo fue el golpe de gracia.

Arrastraron el cuerpo inconsciente a un armario lleno de cachivaches de limpieza, aunque la corpulencia del policía no les ayudó mucho. Tras

cerrar la puerta con esfuerzo, María consultó su reloj de pulsera. El primer paso se había completado con precisión matemática.

—El interceptor está colocado —anunció Juan por radio, provocando un suspiro de alivio en las dos jóvenes.

—Recibido. Nos vemos en el punto de encuentro.

—Te dije que lo haría bien —dijo Yu con una sonrisa—. No ha parado de machacarse en el simulador

La puerta del despacho del fiscal estaba protegida por una cerradura electrónica. Yu sacó del bolsillo de su uniforme verde un pequeño ordenador portátil al que conectó mediante un cable una tarjeta llave. Durante unos interminables dos minutos la máquina trató de descifrar el código de la entrada. Finalmente, la cerradura se abrió, dejando paso franco al interior.

El despacho estaba a oscuras y lo único que rompía el silencio era el leve sonido del ventilador del ordenador de sobremesa. Encima del elegante escritorio de imitación de ébano, junto a la pantalla, se podía ver la foto de bodas del dueño del despacho.

Yu se sentó en la silla ergonómica y comenzó a dictar acciones al ordenador mientras María vigilaba la puerta. Un leve murmullo comenzó a hacerse más intenso por instantes.

—¿No oyes eso? —preguntó María

—¿El qué?

El murmullo se convirtió en ruido atronador que destrozaba los tímpanos cuando el Harrier de la policía se situó a la altura del despacho. Las luces rojas y azules de su sirena bañaron el despacho, mientras una voz amplificadas por un megáfono trataba de hacerse oír por encima del atronador sonido de los potentes motores.

—Les habla la policía nacional. Acérquense a la ventana lentamente y con las manos en alto, o nos veremos obligados a abrir fuego.

Yu miró a María. En su rostro no había rastro de alguno de miedo o ansiedad, sólo fría determinación, tan fuerte que a María no le cupo duda de lo que iba a pasar a continuación.

—Corre.

La voz de la hispanoasiática dictando las últimas frases fue cortada por una ráfaga de disparos procedentes del Harrier. El cuerpo de Yu cayó al

suelo, tiñendo de rojo la alfombra, mientras su compañera se lanzaba al pasillo, intentando no tener el mismo final.

—Enviar —fue lo último que articuló, justo antes de sentir el viscoso sabor de la sangre inundándole la boca.

Cuando Sabueso abrió el mensaje sólo vio a Yu pronunciando con rabia y triunfo "Que os jodan, cabrones". Fue incapaz de detectar el virus oculto que comenzó su lenta infección en ese mismo instante. Como el Cid, había ganado una batalla después de muerta.

Juan se levantó en el callejón, aturdido, con la mirada borrosa y los oídos temporalmente incapacitados. Hacía un momento contemplaba con horror como cinco aumentados rodeaban la furgoneta donde Walter los esperaba, el único medio de escapar de ese lugar. Luego vino la explosión, y la onda expansiva que lo derrumbó. El unicornio había preferido morir a volver a sufrir las torturas que le habrían esperado en las celdas de la comisaría, y se había llevado a las aberraciones modificadas con él. Al menos se reuniría allá donde fuese con su chica, o eso quiso pensar Juan.

Se apoyó en un contenedor pringoso y caminó unos pasos tambaleándose, aun conmocionado, hasta que logró recuperarse por completo. Algo había fallado, eso era seguro, pero no podía comprender el qué. Comenzó a correr, escapando del tétrico crepitar de las llamas y el humo acre, evitando a los curiosos que se arremolinaban en torno al amasijo de hierros en el que se había convertido la furgoneta. Trató de evitar las calles principales, huyendo de los coches patrulla terrestres que hacían ulular sus sirenas con fuerza, mientras sentía un dolor en el costado que lo atravesaba como una lanza.

Oyó unos pasos que lo seguían y se volvió, dispuesto a no rendirse sin luchar. María venía jadeando, con el rostro desencajado, huyendo del mismo infierno que él. Cuando llegó a su altura se paró, tratando de tomar aire.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado?

—¡No lo sé, joder! —estaba llorosa, las lágrimas a punto de saltar—  
¡Tenemos que salir de aquí!

—¿Y dónde quieres que vayamos? ¡Seguro que tienen el garaje y el piso vigilado! —Juan se derrumbaba por momentos, notando de golpe todo el esfuerzo realizado hasta ese instante.

—Hay... —María boqueaba, buscando aire—. Hay un hotel donde podemos escondernos. El dueño es de los nuestros.

La noche ya le había ganado la partida al día, pero además de las luces de la ciudad hoy una explosión contribuía a que siguiesen sin brillar las estrellas en el cielo de Levante.

La tapa de la alcantarilla se movió unos centímetros, lo suficiente para que el que subía pudiese echar una mirada al exterior. Cuando se cercioró de que nadie lo observaba, apartó completamente la tapa y salió del subterráneo trabajosamente.

Luis se palpó el pantalón, más que nada por instinto, porque el peso no dejaba lugar a dudas. La pistola seguía allí, lista para ser utilizada. Sacó de la cartera una vez más la fotografía y se quedó mirándola unos segundos. Por fin iba a hacer aquello que le mantenía con vida. Trató de sentir satisfacción, pero en su lugar solo encontró más ira. Había oído la deflagración, él mismo había sugerido colocar los explosivos para volar la furgoneta en cuanto cambiaran de coche. Más muertes inútiles...

El desafinado canto de un borracho lo asustó, haciéndole escabullirse en la oscuridad protectora de los callejones. Sabía exactamente donde tenía que buscar.

---

## 111

**Juan no pudo** evitar recordar un cuento de Edgar Allan Poe que leyó cuando estaba en el colegio. Lo que más le impactó de aquella historia era la moraleja: el mejor sitio para ocultar algo es a la vista de todos. Quizá por eso se sentía tan seguro en aquel taxi, con la cabeza de María apoyada en el hombro.

El ordenador de abordo conducía el vehículo evitando las zonas de más tráfico, dando un sentido pleno a la palabra automóvil. En las aceras, noctámbulos y juerguistas recorrían las calles bajo las brillantes luces de neón de los bares y discotecas. La profusión de trajes extravagantes y escaparates iluminados conformaba un paisaje bastante marciano.

Juan se miró asqueado la palma de la mano. La tapicería tenía una mancha húmeda y pringosa. Deseó que no fueran restos de una pareja retizona que había utilizado el vehículo justo antes, aunque las otras posibilidades que se le ocurrían eran tanto o más desagradables. El hilo de sus pensamientos se quebró cuando sintió a María revolverse inquieta a su lado.

—Vamos a llegar ya.

El Citroën negro y amarillo se detuvo junto a un edificio gris y anodino. Lo único que le diferenciaba de sus vecinos era el rótulo de "Hostal" en antiestéticas luces verdes que tenía enquistado en la fachada. Juan introdujo unos gastados billetes por la ranura, seleccionando previamente la opción de confidencialidad, aquella carrera no sería registrada en la memoria del automóvil. Siempre había pensado que ese servicio solo lo usaban adúlteros y gente que huía. El haberlo hecho él mismo confirmó sus sospechas.

—Espero que borre todos los datos.

—Al menos los ocultará el tiempo suficiente para que podamos escondernos —contestó María—. Pero no te preocupes. La pasma ya ha trabajado suficiente por hoy. Si nos hubiesen pillado a todos a la primera no tendrían titulares para aparecer en los periódicos de la semana que viene.

Juan no tuvo más remedio que fiarse.

Cuando entraron en la recepción el dueño del hostel les trató con si supiera que venían. Sin mediar palabra les tendió una llave y una bolsa con algo de fiambre y pan para que cenaran y volvió a enfrascarse en el programa radiofónico que estaba escuchando. El sonido de las confesiones nocturnas acompañó a Juan y María en su ascenso por las desvencijadas escaleras. Llegaron al tercer piso y se deslizaron en silencio por el pasillo. De algunos compartimentos salían risitas y pequeños gritos, emitidos por las profesionales y sus clientes. Un asiático vestido con traje y corbata que agarraba por la cintura a una mulata alta con la nuez muy marcada venía en dirección contraria, ignorándolos como si no existieran.

María abrió la puerta marcada con un número 335 que alguien había pintado con color negro. Juan odiaba aquellos hoteles-armario, a pesar de que el viaje hasta Levante no le traía malos recuerdos. No era claustrofóbico ni nada parecido, pero meterse allí era lo más parecido a sentirse enterrado en vida que podía imaginar. El fuerte olor del interior le hizo arrugar la nariz. Definitivamente nadie sería capaz de encontrarlos allí.

Abrazó a María y notó que estaba llorando sin ruido. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no dar rienda suelta también a todos los sentimientos que había contenido hasta ese instante.

—No tenía que haber muerto así —decía María entre sollozos—. Ella no era una asesina, nunca le hizo daño a nadie—. Hipaba, haciendo difícil en ocasiones comprenderla—. Y todo por mi culpa.

—No es culpa tuya. Todos sabíamos lo que nos jugábamos —Juan trataba de tranquilizarla, aunque también seguía sobrecogido por la trágica muerte de Yu, aunque no le cabía duda alguna de que la escena tenía que haber sido cien veces más traumática que cualquier descripción que María pudiera darle—. Murió por salvarte y para protegernos a los demás.

La chica siguió llorando durante una media hora, hasta que el sueño la venció. Juan intentó dormirse sin éxito. Estaba en ese extraño estado en el que el cansancio deja paso a una curiosa lucidez y sentía como una esfera negra gritaba en el interior de su cerebro que algo se le había pasado por alto. A medida que pasaban los minutos la esfera se agigantaba, como una descomunal y oscura bola de nieve que bajaba descontrolada por la ladera de su mente, hasta alcanzar la masa crítica y explotar arrojando luz donde solo había tinieblas.

—¡Lo sabían!

—¿Qué? —María se despertó, sobresaltada. Juan había gritado más fuerte de lo que él mismo quería.

—¡La policía! ¡Sabían que íbamos a estar allí!

—¿Cómo? —María aun estaba medio adormilada y tardó un poco en reaccionar—. ¿Qué quieres decir?

—Alguien tuvo que avisarles de lo del juzgado. Y solo nosotros lo sabíamos. Alguien se lo dijo.

—¿King East?

—No. No sabía la fecha exacta. Fue uno de nosotros. Hay un traidor en el grupo.

La chica se apartó de él, asustada, como si su simple contacto la produjera dolor. Le miraba entre confundida y asqueada, tratando de asimilar la dolorosa verdad escondida tras aquella información.

—No, no puede ser —María negaba con la cabeza, tratando de ser más convincente—. Cometimos un fallo, o nos detectaron las cámaras de seguridad, o alguien nos vio camino del juzgado, o... ¡Hay mil cosas que pudieron ir mal!

—Es cierto —aceptó Juan—. Pero no se movilizan tantas unidades en tan poco tiempo si no están sobre aviso, y cuando entramos todo estaba tranquilo. Conocían cada uno de nuestros movimientos, todo lo que íbamos a hacer incluso antes de que pusiéramos un solo pie en el edificio.

—¿Quién podría hacer algo así?

Juan trató de explicar simplemente con su mirada lo que a él le parecía evidente, pero María estaba tan conmocionada que era incapaz de razonar con claridad. Juan meneó la cabeza.

—Walter y Yu han muerto. Y tú y yo estamos aquí. Sólo puede haber sido uno.

—Luis —la realidad recién descubierta produjo un extraño efecto balsámico en María. Parecía que su cerebro trataba de asimilar lentamente lo sucedido—. Pe... pero —trastabilló al hablar—, ¿por qué iba Luis a traicionarnos?

A Juan se le ocurrieron un millón de calificativos ofensivos para apoyar su tesis, pero logró controlarse.

—Recuerda que no estaba muy de acuerdo con toda la operación. Puede que fuese un infiltrado desde el principio —Juan tragó saliva, sabía que lo que estaba diciendo podía resultarle muy duro a María—. Mira, no le conozco desde hace mucho, pero es una persona a la que no me gustaría dar la espalda.

—Luis —repitió María embobada— ¡Espera! —algo había saltado en su mente, el destello de un recuerdo—. Andrés, bueno... tu... tu antecesor, por decirlo de alguna manera, me llamó por la mañana el mismo día que lo mataron. Dijo que había descubierto algo muy importante.

—¿Y dices que ese mismo día lo mataron?

María asintió, los ojos inundados nuevamente de lágrimas.

—Seguramente descubrió lo que realmente hacía Luis —Juan sentía un odio frío y tranquilo crecer dentro de él, unas ganas de matar que nunca antes había experimentado—. Luis se enteró y llamó a sus coleguitas de la brigada antiterrorista.

—Pero, ¿y lo del centro comercial? Nos salvó la vida... —María trataba de defender lo indefendible.

—Puro teatro —una vez encontrada la clave, todas las piezas encajaban solas en un macabro puzzle—. Lo hizo sólo para que no desconfiáramos de él. Llegó justo en el momento que más lo necesitábamos, para convertirse en el héroe del día.

Una sombra cruzó el rostro de María, iluminado precariamente por la pequeña bombilla halógena del compartimento. Juan intuyó que nada bueno podía salir de esa expresión. Su corazón empezó a latir cada más vez más deprisa.

—Luis conoce este lugar, Juan —toda la confianza que tenía en su seguridad se desvaneció en el momento en que María terminó la frase—. Puede que en este momento esté viniendo hacia aquí.

Ciento cuarenta, ciento cincuenta, ciento sesenta pulsaciones por minuto.

Fuera, el cielo bramaba truenos con furia, parecía que alguien había abierto unos depósitos llenos de agua en el cielo. Pequeñas corrientes bajaban calle abajo, arroyuelos que inundaban las rejillas de las alcantarillas, incapaces de tragar tanto en tan poco tiempo. La tormenta primaveral era tan fuente

que Juan ya tenía las zapatillas completamente encharcadas, a pesar de haber estado solo cinco minutos bajo ella. El frío y la humedad de los pies le producían una desagradable sensación en todo el cuerpo.

Habían salido del hostel tranquilamente, como si nada pasara. María le dijo al hombre de la recepción que si Luis llegaba le avisase de inmediato, sin mencionar para nada que habían estado allí. Tanto María como Juan habían coincidido en que esperar allí era como poner la cabeza en la guillotina, pero una vez en la calle no parecía una idea tan buena. Si los estaban vigilando ahora se habían convertido en patitos de feria esperando a que alguien los disparase.

María caminaba unos pasos por delante de él, con la ropa y el pelo empapados. La silueta de su cuerpo se desdibujaba tras la cortina de agua y sus pasos resonaban en chapoteos sordos cuando pisaba uno de los numerosos charcos que se habían formado en la acera. Aquella escena daba mala espina a Juan, la inevitable calma antes de que la explosión lo perturbe todo.

Debió surgir de entre dos coches aparcados, probablemente los había visto salir del hotel y los siguió al amparo de la tormenta o tal vez se los encontró de frente mientras iba en su busca. El primer golpe tiró a María al suelo, que cayó con estrépito al cemento mojado de la acera. Juan trató de arremeter contra él, pero Luis lo despachó con una zancadilla. "Es muy marrullera, pero siempre es efectiva". Las palabras pronunciadas no hacía tanto chasquearon en el cerebro de Juan como látigos haciendo crecer su humillación.

María se levantó de un salto, dispuesta a plantar cara. Juan había visto peleas en películas de artes marciales bastante menos espectaculares que la lucha que se desató ante sus ojos, pero no había nada de estético en esta, solo moratones y cortes que sangraban. María era más rápida, pero la lluvia igualaba la velocidad de ambos contendientes y Luis encajaba golpes como si nada, parecía totalmente inmune al dolor. Como sus amigos aumentados, pensó Juan, les inhiben las terminaciones nerviosas y se convierten en frías máquinas de matar. Pero había un sentimiento muy humano en cada uno de los gestos de Luis, una rabia contenida demasiado que por fin encontraba una válvula de escape al exterior.

Dos puñetazos seguidos impactaron en la cara de María, haciéndola sangrar por el labio. Logró mantenerse a duras penas en pie, escupió un gargajo rojo y siguió luchando, pero la balanza se inclinaba cada vez más a favor de Luis. Juan trató de ayudar, atacando por la espalda. Un codazo en la boca del estómago demostró que cualquier esfuerzo era vano. El golpe había sido tan fuerte que no pudo hacer más que contemplar la escena, conteniendo las ganas de vomitar sobre el asfalto mojado. Luis se aprovechaba de su mayor envergadura y contenía a una distancia segura a María, mientras la castigaba con puñetazos y patadas rápidos y sin concesiones. En un momento dado retrocedió unos pasos y dejó respirar a su rival, muy machacada ya por la intensa pelea. Juan contempló con horror el objeto que Luis sacó de su pantalón.

Se abalanzó sobre él ignorando todo peligro, como un guerrero vikingo poseído por alguna fuerza sobrenatural, pero llegó demasiado tarde. El disparo despertó macabros ecos por la calle desierta. María se llevó las manos al vientre, tratando de contener la hemorragia. Un líquido oscuro se mezcló con el agua en el suelo.

Rodaron juntos unos metros, hasta que Luis conectó un culatazo que lo dejó sin sentido. Juan no pudo contemplar como Luis se levantó del suelo, se acercó tranquilamente a María y se arrodilló a su lado, ni pudo oír las palabras que le dijo al oído.

—Siempre me he preguntado cómo me sentiría al llegar este momento, ¿sabes? Nunca creí que alguien pudiese tener ganas de reír y llorar al mismo tiempo —María lo miraba con ojos asustados, presintiendo que su final se acercaba a grandes zancadas—. Sólo quiero que sepas que siempre te quise. Me enamoré de ti el primer momento en que te vi, a pesar de todo lo que habías hecho. A pesar de que destrozaste mi vida.

—¿Por... por qué? —balbuceó la chica con voz débil

Luis le mostró la foto del hombre del pelo cano.

—Te presento a mi padre. Quizá te acuerdes de él.

La encontraron quince minutos después, sola, agonizando en un charco rojo de sangre diluida por la lluvia. Alguien llamó a la policía al oír el disparo. Ingresó en coma en el hospital a las dos veintisiete de la madrugada. A pesar de los esfuerzos del equipo médico no pudo remontar la parada

cardiorrespiratoria ni la masiva pérdida de sangre. A las cuatro cuarenta y tres el monitor que controlaba su actividad encefálica mostró una lúgubre línea recta mientras emitía un pitido de muerte.

Juan se despertó con la cabeza dolorida. Trató de acariciarse el chichón, pero descubrió con asombro que alguien le había esposado los brazos al cabecero de la cama sobre la que estaba tendido. Intentó soltarse, pero las esposas eran sólidas. Un rápido vistazo le reveló que no se encontraba en el calabozo de una comisaría. La luz del Sol, que brillaba de nuevo radiante tras la tormenta, iluminaba la habitación sin lograr sacar ningún brillo del parquet desgastado, mostrando los desconchones de las paredes. El único mueble que decoraba el pequeño cuarto era una mesilla junto a la cama, sobre la cual alguien había colocado un vaso con agua. Juan sentía la boca seca, pero aunque hubiese podido no habría bebido nada. Podían haberle puesto algo para hacerle hablar.

Se fijó en el paisaje que se veía a través de la ventana, pero fue tan poco fructífero como el propio cuarto. Sólo se veían anodinos bloques de apartamentos llenos de terrazas clónicas en las que se secaba la ropa tendida. Podía haber estado antes en aquel lugar, pero desde luego no despertaba ningún recuerdo en su mente.

Resonaron unos pasos fuera de la habitación, anunciando que alguien se acercaba por el pasillo. Juan contuvo la respiración hasta que la figura de Luis cubrió el marco de la puerta.

—¡Cabrón malnacido! ¿Quién cojones te crees qué eres? ¡Suéltame ahora mismo!

—Cállate. Vas a hacer que nos descubran.

Juan no hizo caso a la orden. La imagen de María cayendo al suelo se repetía una y otra vez en su cabeza, como una película rayada en una escena dolorosa. Luis se acercó a la cama y le metió un servilleta de tela en la boca. Los gritos se ahogaron tras la mordaza, pero Juan siguió convulsionándose como un poseído.

—Si no quieres por las buenas lo haremos por las malas... —Juan enrojecía de furia y de falta de aire—. Hay muchas cosas que nadie te ha contado, Juan. Va siendo ya hora de que sepas toda la verdad.

Dejó de forcejear, era inútil y además iba a terminar por hacerse daño o ahogarse. Además, en el fondo, sentía curiosidad. Era la primera vez que Luis le llamaba por su nombre.

---

## 1000

**Los tres hombres** sentados a la mesa no parecían excesivamente felices. Es más, estaban directamente enfadados. El Coronel los observó uno a uno, fijándose en sus intimidantes trajes oscuros, mientras pensaba en los veinte o treinta mil lugares mejores donde podía estar en ese mismo momento.

—¿Por dónde quiere que empiece, Coronel? —la voz del hombre que presidía la mesa sonó como el graznido de un buitre revoloteando sobre el cuerpo de un moribundo— ¿Por la explosión en mitad de la avenida Jaime I? ¿Por los cinco agentes especiales muertos? ¿O prefiere que comentemos las trece bajas civiles?

El Coronel se ajustó el nudo de la corbata antes de empezar a hablar. Sabía que no estaba sintiendo en realidad el calor asfixiante del host, pero deseó tener cerca un ventilador o una mínima corriente de aire que le aliviase la incómoda sensación de pegajoso sudor.

—Hubo una... —el Coronel titubeó al hablar, a pesar de haber ensayado su discurso al menos una docena de veces— serie de problemas imprevistos que afectaron a toda la operación.

—¿Problemas imprevistos? —intervino el que estaba sentado a la derecha de la presidencia, un hombre con la edad marcada en las arrugas de su frente—. Hallaron a María Martín desangrándose en un callejón. Me alegra saber que la muerte de una de nuestras jefas de campo no era idea suya.

El Coronel trató de sostener la mirada del anciano.

—Al parecer fue disparada por otro de los operativos. Sospecho que uno de los chicos se rebeló.

—¿Al parecer? —saltó de nuevo el de la presidencia— ¿Ni siquiera está seguro de tener un renegado dentro del grupo? —tenía la cara enrojecida de rabia— ¿Y quién fue la supuesta oveja descarriada?

—Luis Mendoza, señor.

—Maravilloso —habló por primera vez el de la izquierda de la cabecera, el más joven de los tres—. Las evaluaciones psicológicas demostraron que se trataba de alguien bastante imprevisible, individualista

y con tendencia a la violencia. Todo ello desaconsejaba su inclusión en el grupo, por no mencionar su pasado, por supuesto. A pesar de todas estas consideraciones usted insistió personalmente en su reclutamiento. Si ha sido capaz de matar a su jefa de campo es lisa y llanamente por su culpa, Coronel. De hecho, le recuerdo que este mismo Consejo se reunió para tratar su posible retiro, incluso antes del asunto de Las Rozas y se opuso tajantemente.

Sin duda alguna el Coronel no podía imaginar un lugar peor para estar.

—¿Algo que decir al respecto? —preguntó el joven de nuevo mientras jugueteaba con su estilográfica.

—Precisamente por su carácter y su pasado era esencial que se uniera al grupo —protestó el Coronel—. Hubiese sido demasiado peligroso dejarlo suelto. La idea del programa era captar elementos que pudiesen hacer tambalear el sistema político actual y soy incapaz de pensar en una sola persona que responda mejor a ese perfil.

—¿Es que es incapaz de reconocer su error? ¡No creo que existan justificaciones! —le increpó el de la cabecera—. Luis Mendoza estaba bajo su supervisión directa, y acabó condenando a muerte a cinco agentes de policía.

—¡Me he jugado todo en este proyecto! —protestó el Coronel— ¡He arrastrado mi nombre por el lodo! ¡He perdido amistades! ¡No pienso tolerar que se me trate así!

—No sé si sabe con quien está usted hablando, pero espero no tener que recordárselo —el tono de amenaza fue suficiente para que toda la arrogancia del Coronel desapareciese en un instante—. Reconocemos de sobra su dedicación, y no hay otro más capacitado para asumir el mando, pero le aseguro que no hay cosa que me gustaría más que prescindir de usted.

—Será mejor que empiece a buscar nuevos reclutas —añadió el de la izquierda—, porque supongo que las listas por lo menos no se habrán perdido, ¿no?

—No, señor —murmuró el Coronel.

—Por cierto, sólo para su información —dijo el anciano de la derecha—. Sus muchachos destruyeron por completo a Sabueso. Algo que según usted era imposible teniendo en cuenta su equipo y habilidades.

—Pero...

—Sí, sí, lo sé. Su desconexión los hubiese puesto sobre aviso. Es usted un excelente instructor, Coronel. Espero que esté orgulloso de sus hombres.

Los tres hombres se desvanecieron en un óvalo de luz azul, dejando al Coronel solo en la sala. Por algún extraño motivo le pareció que el hombre que se sujetaba la cabeza en el interior de un cuadro se reía de él en lugar de gritar.

El cometa surcó el cielo plagado de estrellas dejando tras de sí un rastro de hielo. A Juan le recordó las bengalas que encendía su tía el día de Año Nuevo y con la que dibujaba figuritas en el aire, sólo que el rojo fuego que se quedaba grabado en la retina era sustituido por el blanco níveo de la estela del cometa. A su derecha la Tierra destacaba en el firmamento, un zafiro esférico cubierto por nubes blancas. Desde aquel océano de paz y quietud costaba creer que diez mil millones de seres humanos viviesen en aquel globo una vida frenética. Tal vez por eso a aquel lugar lo llamaban el Mar de la Tranquilidad.

—No parece que este host te pegue mucho.

—Habría que ver el tuyo —contestó Luis.

Juan movió el pie, dejando una marca en la superficie selenita. Decían que las huellas de los astronautas americanos permanecerían allí toda la eternidad, sin que nada las alterase, salvo el impacto de un meteorito.

—Me parece que voy a despertar de un momento a otro —comentó Juan.

—Lamento decepcionarte.

Juan se volvió. Resultaba raro verle sin la cicatriz ni el ojo biónico. No parecía tan amenazador, ni mucho menos, pero su avatar conservaba la mirada llena de tristeza y decisión que se veía en la realidad en su único globo ocular sano.

—¿Sigues pensando en ella?

—A veces —admitió Luis—. Intento odiarla, pero no lo consigo.

—A lo mejor es porque no merece ser odiada.

Luis meneó la cabeza.

—Mató a 67 inocentes, mi padre entre ellos. No pretenderás ponerle una estatua...

—La utilizaron.

—No, Juan. A ti y a mí nos utilizaron. Y a Walter. Y a Yu. Y a Andrés. Y a tantos otros antes. A ella la sacaron de un reformatorio donde había entrado a los 16 años por matar al dependiente de un supermercado mientras lo atracaba con su exnovio y la enseñaron cómo poner bombas y cómo engañar a la gente que confiaba en ella. No parece el modelo más adecuado de conducta.

—Lloró por la muerte de Yu, Luis no lo viste.

—No, pero la he visto muchas veces antes. Siempre fue buena actriz

Juan se pasó unos minutos callado, contemplando a Saturno y al anillo de rocas que lo rodeaba.

—¿Cómo descubriste todo? ¿De dónde sacaste los papeles que me enseñaste?

—Mi padre era fiscal y estaba investigando los últimos atentados. Debió acercarse mucho a la verdad y... Bueno, ya sabes —Luis hablaba despacio. Le resultaba doloroso remover las cenizas de los recuerdos—. Guardó los papeles en la caja fuerte de mi casa. Estaba escondida como un enchufe, por eso no la encontraron al registrarla. Creo que mi madre la hizo para guardar las joyas antes de que se separaran.

—¿No la guardaba en ningún ordenador?

—No se fiaba de ellos. Siempre decía que cualquiera podía cambiar lo que tenías guardado allí

—Al menos ahora no es tan fácil.

—Eso espero. En el disco duro encontré un documento de texto cifrado con una supuesta investigación que corroboraba punto por punto la versión del Coronel. Estuve a punto de vomitar al verlo, te lo juro —Luis hizo un gesto de asco al recordarlo—. Supongo que querían que lo viese para que me uniera a ellos.

—No parece muy lógico reclutar al hijo de alguien al que has matado.

—La idea de los Unicornios Rojos era captar a gente que podía poner en peligro su poder, Juan. Chicos como tú y como yo, los que hacen las preguntas que no deben hacerse, los que se dan cuenta de lo podrido que está todo —Luis hizo una pausa y pasó de contemplar el cielo estrellado a mirar a los ojos a Juan—. Y usar a esos rebeldes como cabeza de turco para matar a aquellos que los amenazaban.

—Míralo por el lado bueno: seguro que de pequeño siempre soñaste con ser el espía de los buenos.

Luis sonrió y se agachó para recoger una piedrecita del suelo lunar.

—¿Y ahora? —preguntó Juan.

—Ahora... —Luis lanzó la piedrecita, que se perdió en la inmensidad del espacio, sin ninguna fuerza gravitatoria que la atrajese de nuevo a la superficie—. Ahora es cuando hay que empezar a trabajar.

## El autor

**José Ramón Vázquez**, nacido en Segovia en 1985, estudia física en la Universidad Complutense de Madrid. Publicó su primer relato en *La ciudad de los muertos (Parnaso, 2004)*, volumen recopilatorio del *I Premio Vórtice de Ciencia Ficción*, del que fue finalista. Desde entonces cuentos suyos han aparecido en *Artifex Tercera Época*, *Miasma*, *Vórtice en Línea* y la portada de *Sedice.com*

## El editor

**Ediciones Efímeras** es una editorial cuyo ánimo consiste en promocionar la literatura fantástica, centrándose sobre todo en microrrelatos, cuentos ilustrados y novelas previamente publicadas en Internet. **Ediciones Efímeras** es una editorial sin ánimo de lucro, que ofrece en formato PDF y de forma gratuita para su descarga las obras de los autores que colaboran con ella. Si es usted editor, y está interesado en publicar esta obra en otro formato, por favor contacte directamente con la editorial en la dirección: **[efimero@eximeno.com](mailto:efimero@eximeno.com)**

O visitar su web en la dirección:  
**[www.edicioneseferas.com](http://www.edicioneseferas.com)**

